

la suya estaba la jaula de Antonio, quien tenía puestos los ojos en ambos canarios, alegres y contentos de verse tan cerca.

Y á fuerza de mirar á los pájaros, sus dueños se miraron al fin; ella tímida y ruborosa, él confuso y suspenso.

Desde entonces Antonio tuvo en poco á su canario y se apasionó del ajeno, á pesar de que, siendo hembra, no sabía arrancar de su garganta los delicados trinos con que el primero recreaba suavemente el oído de cuantos le escuchaban.

Carmen, á su vez, comenzó á tomar afición al primoroso cantor que, desde el alba hasta el caer de la tarde, estremecido de gozo, abriendo las alas, sin espacio para tenderlas, agitado é inquieto, llenaba el aire de melíflua armonía, fijas las miradas y los deseos en las próximas rejillas de su compañera de amor y cautiverio.

Tanta constancia despertó en el tierno corazón de Carmen afán nunca sentido, placer jamás imaginado, dolor y gozo, impulsos de llorar y explosiones de risa, opresión de

á la ternura que embargaba su corazón hablando á los canarios.

Un simple saludo de Antonio, frase vulgar de pura cortesía, dicha con labio torpe y balbuciente y miedo en el corazón, que contestó Carmen, apagada la voz y encendido el rostro, dió fin á los apartes y fácil entrada al diálogo. El cual, indiferente y frívolo al principio, fué subiendo de punto de día en día, hasta convertirse en largos y amorosos coloquios, siempre brevisimos para los interlocutores y siempre con pena interrumpidos y con creciente anhelo y mayor fuego reanudados.

Mas los pobres pajaritos, medianeros de tanta felicidad, confiados á manos extrañas y mercenarias, echaron pronto de menos las tiernas caricias y la cuidadosa solitud de sus ingratos dueños, harto atentos á la propia satisfacción para pensar en la ajena.



El consejo cariñoso y la súplica reiterada de la oficiosa amistad; el tiempo, que aplaca los rencores, enerva las voluntades y rinde los caracteres

pena y desbordamientos de júbilo, anhelo de hablar é imperiosa fuerza de silencio; pero sus ojos, claros espejos del alma, traidores y parleros, se apartaban á cada instante de la jaula para clavarse en los de Antonio, como atraídos y subyugados por el poder de imán misterioso é irresistible.

Y luchando ambos con el miedo de incurrir en el desagrado paterno, y con el natural rubor y encogimiento de los pocos años, sin dirigirse la palabra, daban rienda suelta

más firmes y enteros, y, sobre todo, la inquebrantable constancia de los amantes, pudieron más que los odios de ambas familias, y aquéllos, con el logro de sus ardientes deseos, vieron colmada con creces su ventura.

Todo era paz, todo contento, todo supremo bien en el risueño hogar de los recién casados: ni ligera nube empañaba el claro, sereno y transparente cielo de su dicha; pero los dos canarios seguían presa de mortales ansias, cada

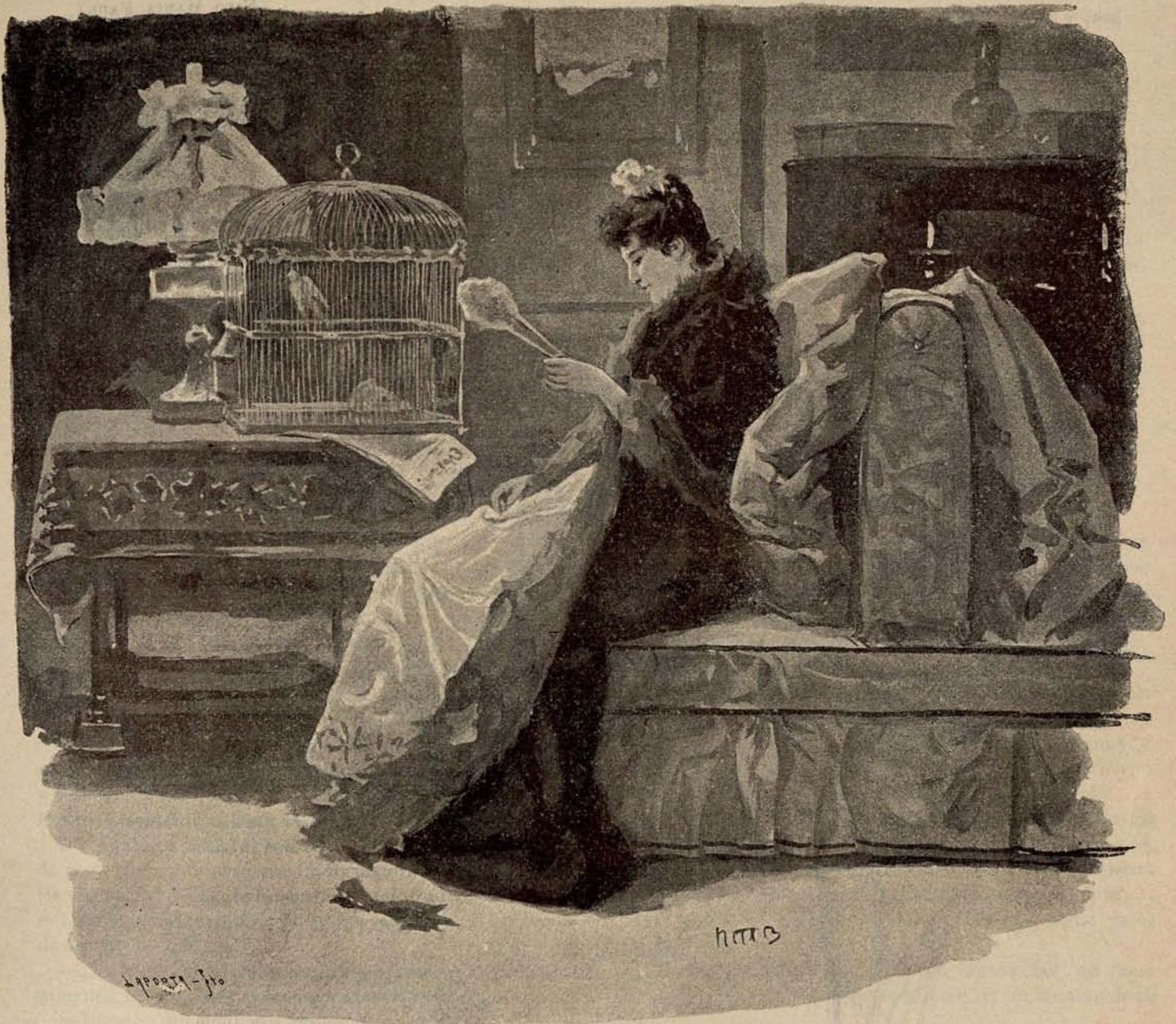
uno en su jaula, renovando con inequívocas y ruidosas señales la firmeza de sus vehementes y contrariados amores.

La primavera, que ya sonreía en los corazones de Carmen y Antonio, comenzaba á sacudir el sueño de la Naturaleza, y barruntaban la sublime atracción del amor las delicadas yemas de la humilde hierbecilla, los henchidos brotes del leñoso ramaje del árbol, el canto melodioso de las aves, el monótono balido en el seno de los rediles, el estridente relinchar del noble bruto que percibía los recónditos efluvios

—Si somos tan felices—dijo un día Carmen á su marido—¿por qué no han de serlo nuestros canarios? Vamos á unirlos, y en su felicidad veremos retratada la nuestra.

Antonio accedió á los deseos de su esposa, y las dos jaulas fueron sustituidas por otra mayor, provista de nidos y de un burujo de estopa; pero, como suele acontecer, el macho enmudeció al comenzar la cría.

—¡Qué lástima!—exclamó Carmen.—¡Ya no canta tu canario! ¿Por qué será?



del aire y el áspero rugir que se alzaba del fondo de las selvas.

Por donde quiera despertaba la vida y el ardiente afán de perpetuarla; disputando al tiempo el cetro de la inmortalidad.

Y en medio de las universales manifestaciones del amor, tenues y sutiles rejas se interponían al de dos enamorados pajaritos.

—Porque ya se lo ha dicho todo á su compañera—contestó Antonio.

—Mira, ahora le impone su voluntad á picotazos.

—De alguna manera han de entenderse los pájaros.

—Si; pero antes cantaba y ahora hiere—murmuró Carmen triste y pensativa.

Y por primera vez, desde su matrimonio, sus ojos se anegaron en llanto.

Una noche, de vuelta al domicilio conyugal, después de celebrar en casa de sus padres el primer aniversario de la tornaboda, Carmen supo con asombro y profunda pena que el canario de Antonio, aprovechando la torpeza de un criado, había desaparecido.

—¡Pobrecita!—exclamó mirando con ternura á la abandonada avecilla.—¡Huyó el inconstante!..... ¡Ingrato, pérfido, aleve!..... ¿pero qué importa? Yo te vengaré..... ¡Mañana, mañana mismo, tendrás otro compañero! ¡De mí depende!..... ¿Mas qué digo? ¡Ay de mí! ¿Para condenarte de nuevo, no á dulce esclavitud, sino á opresora servidumbre, y al doble dolor del bien fugitivo y de la esperanza

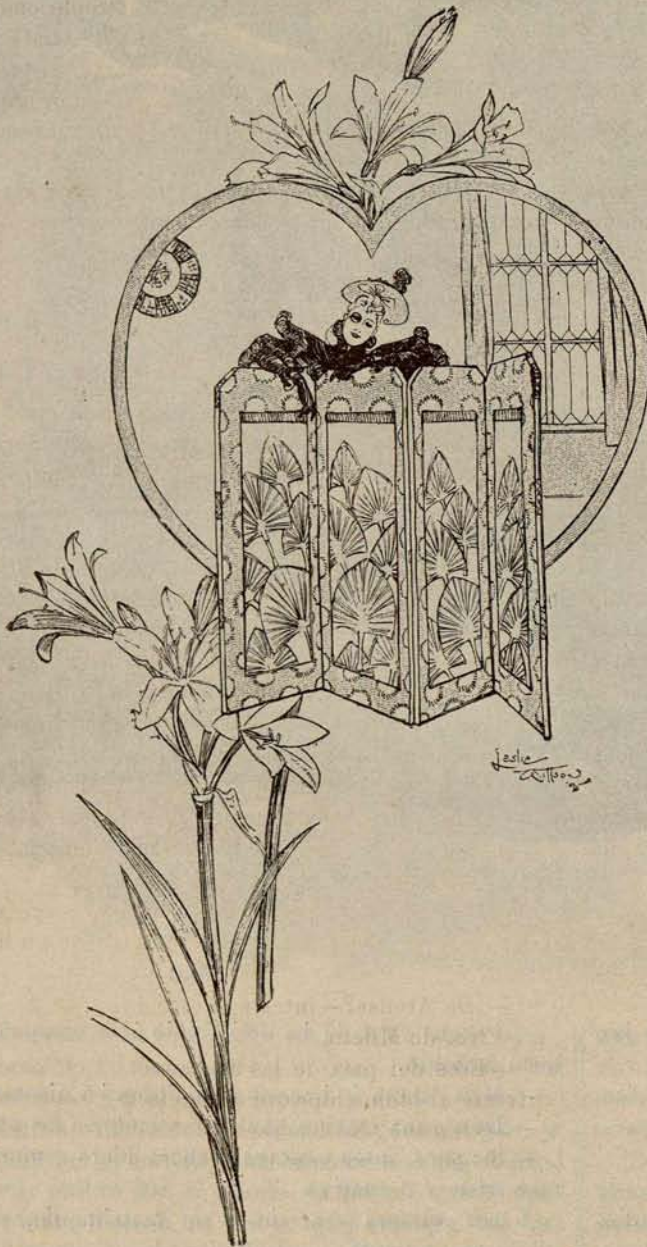
perdida?..... ¡No, no, jamás! ¡Conserva á lo menos la esperanza de que el traidor volverá desengañado al apacible nido de sus primeros amores!..... ¡Sufre, pajarito mío, sufre y muere de dolor, como sufro y muero yo!.....

Antonio había volado también en pos de una hermosa y célebre funámbula.



¡Oh felicidad, huimos de ti para buscarte en el aire!
¡Como el canario de mi cuento!

NILO MARÍA FABRA.



CANTARES

I.

Me has causado tanto daño,
Que, si yo hiciera las leyes,
Á todos los ojos negros
Pusiera pena de muerte.

II.

Dicen que al sol de los cielos
Hoy ha vencido otro sol;
¡Ya sabes que te prohibo
Que te asomes al balcón!

III.

Ya sé que eres muy constante,
Morena del alma mía,
En odiar á quien te quiere
Y en querer á quien te olvida.

IV.

¡No ha de haber muchas infames,
Si has cometido una infamia,
Y en lugar de aborrecerte
Te quiero con toda el alma!

V.

Lágrimas nos costará,
Si volvemos á encontrarnos,
Á ti lo que no me has dicho,
Y á mí lo que no he callado.

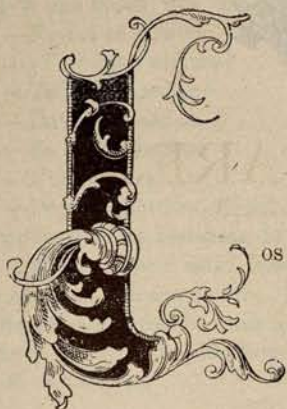
VI.

El cantar que más prefiero
Ese no lo canto á nadie,
Que en el corazón lo guardo
Y del corazón no sale.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

MONIMA DE MILETO

EPISODIO HISTÓRICO



I.

Los últimos rayos del sol poniente, como turba de dorados amocillos, juegan al escondite en las esbeltas acroteras y marmóreas antefixas del templo de Adonis en Atenas.

Contra las metopas y triglifos de las columnatas dóricas que lo sostienen, acaba de estrellarse el eco de la última antífona modulada por las hieródulas al compás de las cítaras tebanas. El sagrado recinto va quedando desierto, y la gran sacerdotisa ordena la clausura de sus puertas de bronce, con la sonrisa de la satisfacción en los labios; pues si han sido pocas las cabelleras femeniles que la virtud ha ofrecido al deificado hijo de Mirra, han sido muchas las monedas de oro que la prostitución ha depositado en las sagradas arcas, para tener propicia á la deidad terrena.

La heterogénea muchedumbre que á las fiestas ha acudido, rebotando en la inmortal Atenas, como el espumoso naxos en un cráter corintio, se arroja á borbotones por sus puertas, y ganando la campiña, se encamina satisfecha á la playa de Falero, á abordar las naos ancladas á lo largo de la costa.

Dos hombres la han precedido en su derrotero. El primero, de porte distinguido y barba luenga y perfumada, frisa en los cincuenta; y es joven el segundo todavía. En sus trajes se mezcla la indumentaria persa con la griega, y un tesoro de alhajas los adornan.

—¿Te han sido, ¡oh mi señor!, agradables estas fiestas?—preguntó el más joven á su compañero.

—Dígame, ¡oh Báquides! mi eunuco predilecto, que no tienen nada que envidiar á las egipcias de Isis. No puede darse bazar más variado de gracias femeniles.

—¡Aquí, trayendo oro!.....

—Cierto, no habrá beldad que se resista. Sin embargo, he visto á la niña más perfecta de la creación cercenar sus negras trenzas, prueba de que quiere conservar incólume su virginidad.

—¿La hablaste?

—No. Yo estaba en el pórtico del templo cuando ella las colgó en la ebúrnea pilastra, y aunque traté de abrirme paso por el apiñado concurso, la perdí de vista.

—¿Podría compararse con ésta?—interrogó el eunuco, parándose y tornando el rostro hacia atrás, al sentir ruido de pasos no muy lejanos.

—¡Ah! ¡si es ella!—exclamó gratamente sorprendido su compañero.

II.

Esbelta como un junco, alegre y bullidora, hollando flores y salvando arroyos con la ligereza de una corza de la Arcadia, adelantaba hacia ellos una niña encantadora, mal velados sus contornos por un finísimo *xitón* y un vaporoso *epumis* de gasas transparentes, coronada de mirto y tarareando á media voz un himno órfico.

—¡Oh, detén tu paso, mujer ó diosa!—le dijo saliéndole al encuentro el entusiasmado caballero;—detén tu paso y satisface una curiosidad, quizá importuna. ¿Eres Venus, y vas á descansar de la lasciva fiesta á la concha marina, ó una hieródula de Adonis, saturada de exóticos deseos?

—¡Ah!—exclamó ella deteniéndose sorprendida ante los fastuosos aparecidos; mas repuesta al punto de su sorpresa, añadió:—No soy más que una mortal satisfecha de su suerte.

—Y bien puedes estarlo. Pero dime: ¿cuál es tu nombre?..... Quiero grabarlo eternamente en mi memoria, como ya lo está tu imagen en mi alma.

—Monima—contestó la joven con ingenuidad, un tanto admirada de oír aquellas frases en boca de un hombre de su edad.

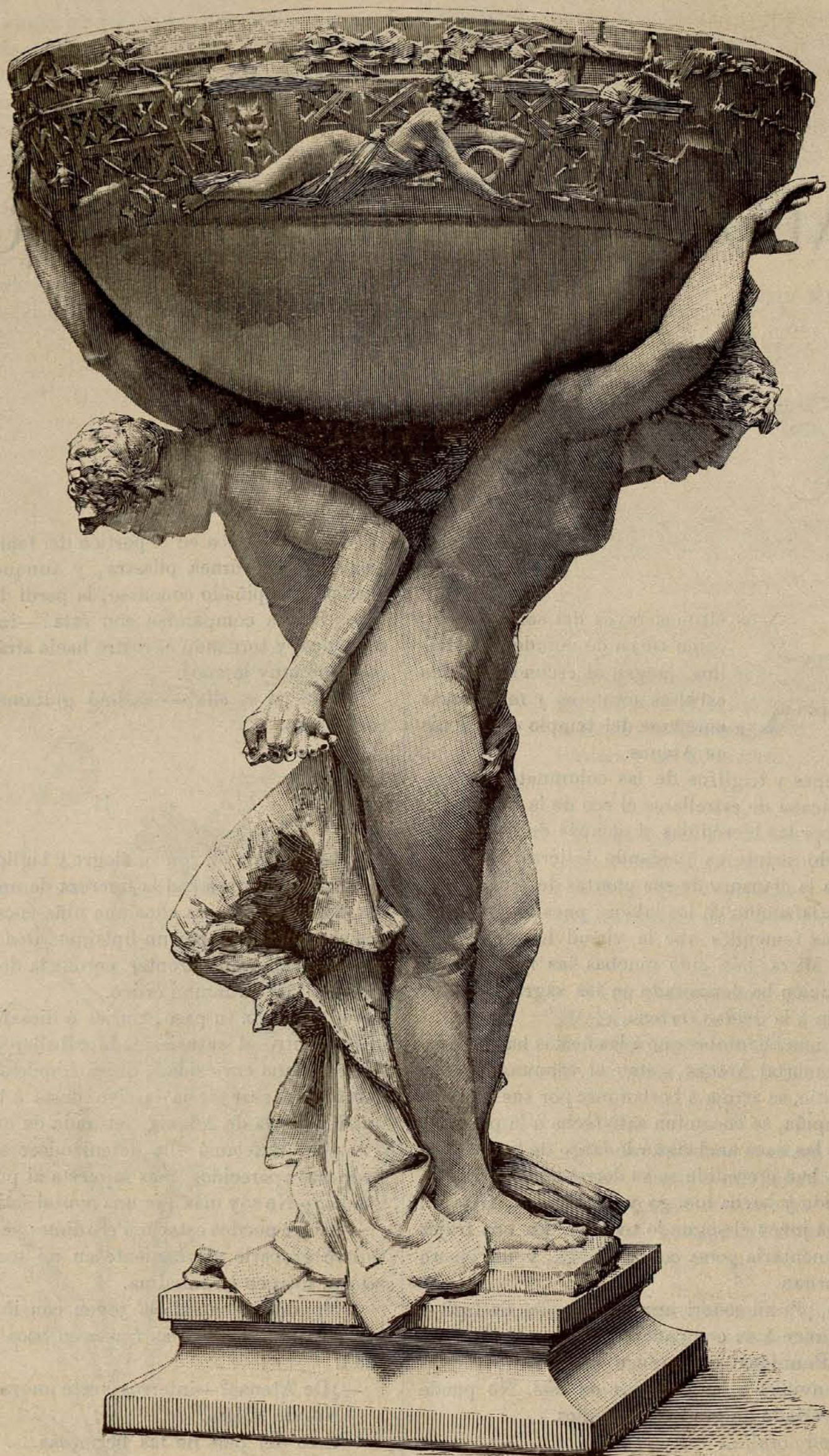
—¿De Atenas?—interrogó éste nuevamente.

—No, de Mileto.

—Eres del país de las hermosas..... y habrás venido á ofrecer al idolo chipriota el precio de tus encantos.

—¡Jamás! ¿No has reparado?..... He preferido dedicarle mi cabellera á robarle las primicias de mi amor al hombre que me ha de llamar suya.

—¡Virtud incomprensible en medio de tanto desenfreno!



MADRID.—GRUPO DECORATIVO DE LA ESCALERA DEL PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE DENIA.

Escultura de D. Antonio Susillo.

Mas oye: tu corta edad te hace abrigar preocupaciones de que el mundo hace chacota. Tal vez no haya habido comprador cual lo merecen tus encantos. Yo te ofrezco—¡atiende bien!—yo te ofrezco una fortuna, quince mil monedas de oro, por venir á hacer noche en mi galera y conversar de amor al compás del grato arrullo de las olas.

La doncella, tendiendo el brazo hacia la ciudad con ademán digno y resuelto, le advirtió:

—Allí encontrarás quince mil cortesanas que se disputarán tu oferta tentadora; pues aunque poseyeras los inmensos tesoros de Mitrídates, no tendrías bastante para pagar una sola caricia de Monima la milesia.

É hizo ademán de partir.

—¡Ah! pero escucha—rogó el seductor intentando tomárle una mano, que ella retiró con donosura.

—No me es posible.

—¿Te espera alguno?

—Teón el espartano.

—Entonces, ese.....

—Es al que busco.

—Una palabra.....

—Déjame marchar. El sol se pone, y es necesario aprovechar los últimos instantes de placer.

Y al pronunciar estas frases, que hubieran hecho honor al más voluptuoso epicúreo, torció hacia la derecha, no corriendo, sino volando como aérea mariposa; y entonando de nuevo su interrumpido himno, desapareció por un bosquecillo de laureles.

III.

El fastuoso oriental quedó como petrificado, con los ojos clavados en la fugitiva, hasta que la enramada burló sus miradas codiciosas.

—¡Qué rareza!—murmuró.—Esa niña es una nota discordante en medio de la embriaguez y la locura de este ilustre lupanar.

—Veo, señor, que te ha interesado sobremanera.

—Te lo confieso, Báquides. «Ni los inmensos tesoros de Mitrídates bastarían á pagar una sola de sus caricias», dijo.

—¿Y esa alharaca ha picado tu amor propio?

El interrogado no contestó.

—Pero no me explico tu perplejidad—continuó el eunuco.

—¿Te ha agradado y esquivas tus ofertas?..... Pues no hay más que seguirla, apresarla, y á Sinope con ella.

Casi decidido estaba el desdeñado galán á seguir tal consejo, cuando se les presentó un anciano de barba patriarcal, escarchada por el invierno de la vida, seguido de dos esclavas también provecetas.

Después de tributarles un saludo, les preguntó:

—¿Habéis visto por aquí á una loquilla de pocos años.....?

—¿Loquilla?—interrumpió el magnate.—Discreta como pocas, dirías mejor, si aludes á Monima.

—¡La conoces!—exclamó con satisfactorio orgullo el anciano.

—¿Eres su padre por ventura?

—Ciertamente; pero un padre atormentado por los cuidados que me inspira su futuro destino.

—¿Has consultado el oráculo?

—Varias veces. Mas ya que idea tan alta tienes de ella, si molesto no te fuese, guíame por la huella de sus pasos. ¡La impaciencia me consume!

El invitado pareció dudar, como si le repugnase el servicio que el solícito padre le pedía, y miró á Báquides como preguntándole ¿qué haré? El eunuco bajó los ojos, y el potentado, decidido á complacer al viejo, con la esperanza de volver á ver á su graciosa hija, le dijo:

—Sígueme;—y se pusieron los cinco en marcha, no sin recabar del milesio su aristocrático acompañante, en pago de su servicio, la relación del horóscopo de Monima.

El amoroso padre, gozando en las venturas que le comunicaba, le refirió, sin perdonar detalle, que la pitonisa de Delfos le había profetizado que sería la gloria de su raza; una maga de Tesalia, que á sus plantas habían de postrarse príncipes y reyes; y que al ir á consultar últimamente el oráculo de Dódona, la paloma sagrada había volado desde el altar y posádose sobre su cabeza; las encinas del monte Tómaro se habían inclinado á su paso; y en los vasos de bronce había entonado el viento el himno olímpico de Orfeo.

IV.

No es el garrido Acteón, á pesar de ir armado de arco y de carcaj, el que ha salido al encuentro de Monima.

No es tampoco el inmortal Apolo, aunque su frente ciña una corona de laurel.

Es el gentil Teón el espartano, el vencedor tres veces en los juegos píticos, en memoria de cuyos triunfos lleva siempre sobre sí tales trofeos.

Ambos, abierto el corazón al gozo, toman asiento en el estilobato desgajado de un ninfeo.

—¡Cuánto me ha atormentado tu tardanza!—dijo á Monima su amante en tobo de dulce reconversión, ciñendo con el brazo su flexible talle.

—Teón mío, un extranjero impertinente detuvo mi pie, que volaba al punto de la cita.

—¿Un extranjero?—repitió el espartano, frunciendo el entrecejo.—Espera..... es hombre de edad, alto, vestido con la elegancia de un sátrapa.....

—Sí; ¿sabes quién es?

—Ni quiero; mas le vi esta mañana devorarte con lúbricas miradas, y esto me basta para que, sin conocerlo, le aborrezca.

—Mal se anunció el día para ti.

—Peor de lo que piensas. La primera salutación matinal que recibí fué el aletazo de una corneja que derribó mi aljaba. ¿Qué podía ya esperar de favorable en este día? La desgracia era segura; y como la mayor que pudiera ocurrirme tenía que relacionarse con mi amor.....

—Bueno es ser celoso, mas no tanto—interrumpió la milesia con coquetería.—El corazón de Monima no late más que para ti.

—Hoy sí; pero si un día.....

—¡Ingrato! ¿á qué esa duda? Lo mismo hoy que mañana, ya ausente, ya á tu lado, Monima será siempre esclava de tu amor.

Y su agitado seno, y sus rasgados ojos, poseedores del

secreto de Circe, decíanle á la par tal vez más que su boca.

¿Qué le importaba á ella saber quién Teón era? ¿Tenía padres? ¿era huérfano ó expósito?

Para el corazón que ama no hay clasificaciones sociales.

Criado por un éforo, pocos le igualaban en varonil belleza; ninguno le aventajaba en guiar una cuádriga; y las hermosas en las fiestas de Baco, y los irenos en los ejercicios del Platanisto, habían aclamado más de una vez su nombre victorioso.

Entre los dos medió un intervalo de éxtasis en que habló la encendida pupila y callaron los labios.

Mas Teón, súbitamente, poniéndose de pie, exclamó:

—¡Hélo allí!.... ¡el que viene con tu padre!

—Él es—ratificó Monima;—pero ¿qué intentas?

—Matarlo.

Y sacó del carcaj un dardo, que enfiló en el arco.

—¡Oh! ¡no ensangrientes este instante!—suplicó la joven tratando de contenerlo.

—¡Arrr!—gritó el mancebo al estallar la cuerda que había de impulsar la flecha.—¡Hoy es día nefasto para mí!

--Huye: ya sabes que mi padre te aborrece.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta las fiestas de Diana en Efeso.

Y cambiaron, guarecidos tras un arbusto para no ser vistos, un ósculo de fuego, que hizo hervir la sangre en sus arterias.

¿Qué menos podían cambiar dos amantes educados en una sociedad que adoraba el falo y el cteis, y cuya moral arrancaba de una teogonía que preconizaba las torpes aventuras de Venus y Priapo?

V

Monima, esquivando la mano que el magnate le ofrecía, saltó á la galera de su padre, anclada en el puerto de Falero, en la que, por su lujo y el de los remeros que la tripulaban, descollaba, entre las cien naves que se balanceaban sobre la rizada onda, un ligero bergantín en forma de cisne, que abordaron los extranjeros.

El acucioso Cleanto, que tal era el nombre del milesio, reprendió á su bella hija la reciente escapatoria, intimándola una vez más á que desahuciara al espartano.

Su enamorado acompañante, recostado en el palo de mesana, no apartaba sus ojos de las gracias de la incorregible beldad.

Al iniciar las naves los primeros vaivenes de partida algo silbó al oído del incógnito nabab, que se clavó en el palo que le servía de apoyo, dos dedos por cima de su cabeza.

Del asta pendía una hoja de laurel, en la que, escrito con la aguzada punta de un venablo, se leía: «Quienquiera que fuéres, Teón te detesta. Si ésta no te mata, guárdate de otra.»

El agredido se incorporó, y después de leer aquellas breves frases, que revelaban una inquina mortal irrevocable, miró con ira á la costa, en donde se hallaba su afortunado rival transido de desesperación.

Á haberlo tenido al alcance de su mano, seguramente no

hubiese escapado con tanta impunidad del atentado. Mas se contentó con hacer añicos la vegetal misiva y arrojarla á las olas con un ademán de soberano desprecio, diciendo á Cleanto:

—¿Qué mal habré hecho á tu futuro hijo para que tan mal me quiera?

—¿Mi hijo?.... ¡Nunca lo será ese infame!

En tanto Teón, aferrado más y más á sus preocupaciones al ver errado por segunda vez el golpe, maldijo el nuevo rumbo de su suerte, sin que bastaran á curarlo del tormento de los celos las intensas miradas de Monima, que, puesta la mano sobre el corazón, le repetía con elocuencia muda que él y solo él sería eternamente el ídolo de su cariño.

VI

Á los dos meses una escuadra de veinte bajeles de tres órdenes de remos, empavesada con asiática magnificencia, fondeaba en el puerto de Mileto.

Al avistar la ciudad, la tripulación en masa, imitando á Báquides que la mandaba, púsose de pie y aturdió el viento con entusiastas hurras.

En aquel instante terminaba el tocado de Monima, que ataviada con el más exquisito gusto y ostentando riquezas dignas de una reina, estaba la mujer más ideal del Universo.

Su padre, contemplándola extasiado, la dijo, así que sus fámulas salieron de la estancia:

—Hija querida: daría la mitad de los días que me restan porque Plutón permitiese á tu madre volver al mundo un solo instante para verte. Las predicciones del oráculo van á realizarse: sobre tu frente de nácar va á descansar una corona, y el monarca más temido de la tierra va á poner á tus pies su consideración y poderío. ¿Quién nos había de decir que aquel encontradizo de las adonias fuera nada menos que Mitridates *el Grande*?.... ¡Ah, Monima amada! Á no haber sido por los cuarenta talentos (1) que me facilitó, mi ruina hubiera sido inevitable. ¿No estás tú misma satisfecha de tu obra?

Monima, que jugaba como distraída con los flecos de perlas de su purpúreo manto, se arrojó al cuello del autor de sus días, y vertiendo lágrimas de ternura, contestó:

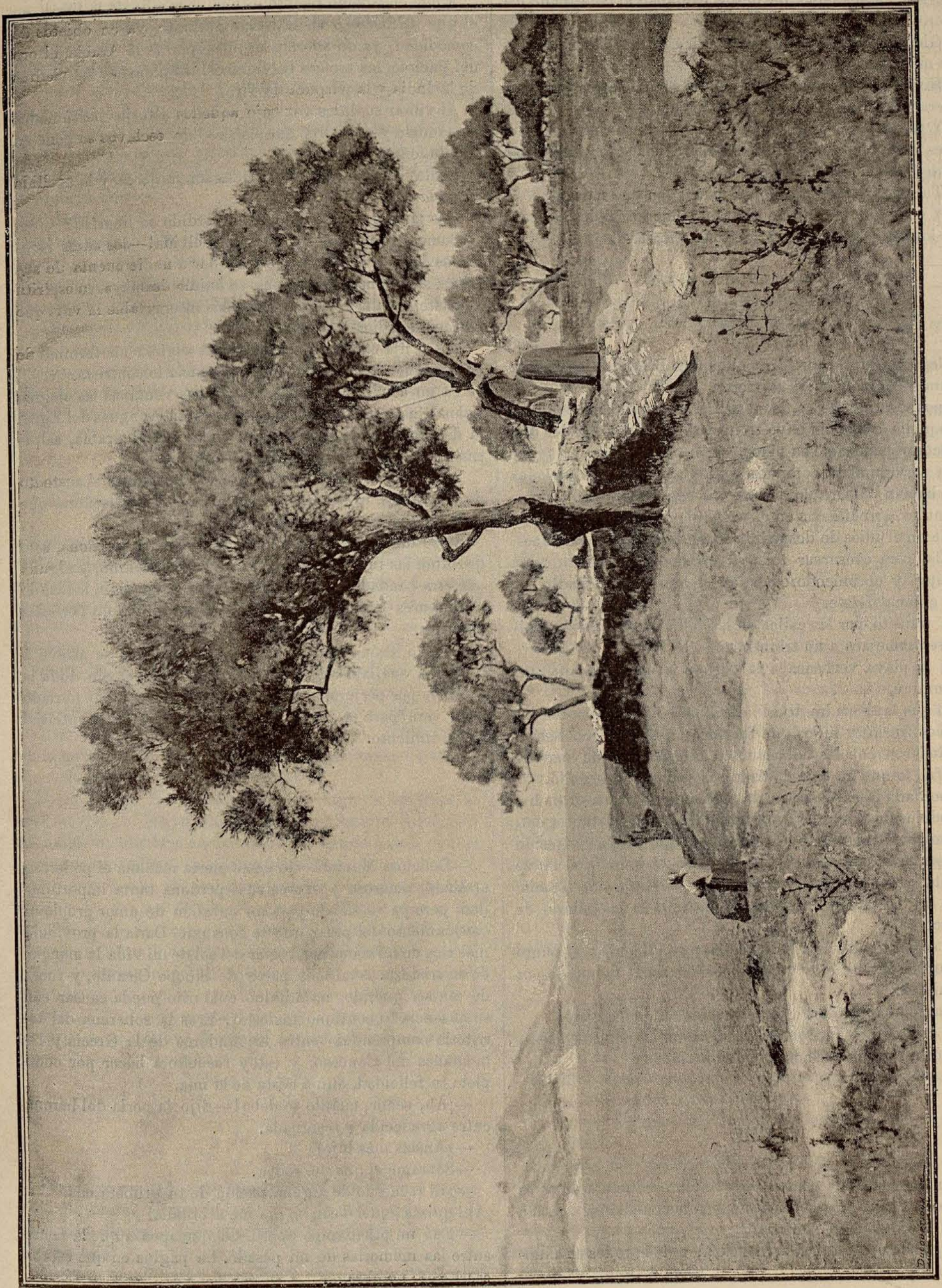
—Padre de mi alma, ¿cómo no he de estarlo, si ella te ha librado del descrédito y el menosprecio en esta vida, y de que fuera infamada al pasar á la otra tu memoria?.... Sean tus días una cadena no interrumpida de satisfacciones, y no pienses jamás en que este paso me cueste sacrificio alguno. ¡El camino del trono es para mí una senda cubierta de flores!

—Pero tus lágrimas....—balbuceó el anciano, no pudiendo contener las suyas al escuchar á su hija.

—No repares en ellas. ¡Son el testimonio de mi felicidad! Y besó, visiblemente conmovida, la rugosa frente de Cleanto.

Fuera del perfumado cubículo, las amigas de infancia de

(1) Unas 220.000 peretas.



COSTAS DE PROVENZA. — CUADRO DE MONTENARD.

(Paris. — Salón de los Campos Eliseos, de 1895.)

Monima, engalanadas de fiesta, cantaban al compás de los sonoros heptacordios:

«Gloria á Himeneo, que va á unir con lazo eterno la pareja más excelsa de la tierra.

»Honor al gran Mitridates, que ha sabido elegir por compañera la flor más delicada de la Jonia.

»Y tú, Monima amiga, que compartiste con nosotras tus goces infantiles, que Juno te sea propicia y te guíe de su mano al tálamo Real.

»Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas».

VII.

Llegó la hora de partida, y el eunuco Báquides invitó á su futura soberana á bajar al puerto.

Apoiada en el brazo de su padre, descendió las escaleras de aquella casa bajo cuyo techo había visto la luz del día, verdadero paraíso de su niñez.

Su servidumbre, compuesta en gran parte de personas que habían saboreado mil veces sus afectuosas caricias infantiles, arrodilladas en el vestíbulo en apretadas hileras, le dieron el adiós de despedida entre sollozos y bendiciones.

Ella, para conservar toda su presencia de ánimo, cerró los ojos, y oprimiendo contra sí el brazo de su padre, se dejó guiar por éste.

Su tránsito por las calles de la ciudad, colgadas de tapices, se asemejaba á un triunfo.

En la playa verbeneaba la curiosa y entusiasmada muchedumbre.

Así que la escuadra divisó á la ilustre expedicionaria, los músicos frigios y lidios que formaban parte de la comitiva la saludaron con los majestuosos acordes de una marcha triunfal, lo que no dejó de lisonjear su femenino orgullo.

Abordada la capitana por la bella milesia y por su padre, precedidos de Báquides, y distribuidas en las restantes embarcaciones sus parientas y amigas, que habían ofrecido acompañarla hasta el término de su viaje, sonó la señal de partida, y la flota hizo rumbo hacia el Bósforo de Tracia, entre las delirantes aclamaciones de todo el vecindario de Mileto.

Ya se perdía de vista la escuadra, y aun llegaban al punto de partida los últimos versículos del cántico tributado por la amistad.

«Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas».

VIII.

Han corrido hasta ocho años, y la niña seductora de otros días es la mujer más hermosa de cuantas pueblan el serrallo magnífico de Sinope.

Lujo, boato, ostentación, molición..... todo la rodea en abundancia.

Aquel encantado recinto es una maravilla de la tierra, en el que se mezclan en artístico conjunto, ya en objetos de comodidad, ya de adorno, las maderas de la Arabia, el oro del Pactolo, los tapices babilónicos, las plumas y las piedras de la India y la púrpura de Tiro.

Al vibrar su dulce voz bajo aquellos alfarjes perfumados de sándalo y de cedro, una cohorte de esclavos se pone en movimiento.

El Rey la distingue entre todas sus mujeres, y la apellida *la perla* de su harem.

Mas ¡ay! ¿qué vale todo, si ha perdido su libertad?

Cuando recuerda—¡y nunca los olvida!—los sitios recorridos en sus primeros años, sin dar á nadie cuenta de sus pasos, sin eunucos ni figones, su ánimo desmaya, su espíritu se abate, y halla más aburrida, más insoportable la vida que su regia condición la impone.

No se fija en un objeto que no la sugiera un término de comparación con aquellos cuya ausencia le contrista.

Ya no acuden á la ménsula de sus ventanas las alegres golondrinas que, mojando la pechuga en las aguas del Egeo, la despertaban de mañana con su aguda algarabía, salpicando de brillantes las pintadas vidrieras.

Ya no vienen las palomas de la Caria á tomar el sustento de sus labios, ni ha vuelto á oír los canoros ruiseñores que anidaban en las acacias de sus jardines.

En su lugar, desde la dorada jaula que la aprisiona, sólo descubre las turbias y pesadas ondas del Euxino, y alguna que otra bandada de cenicientas antrópoides, que, lanzando displicentes gruídos, se remontan á las nubes en cortadas espirales.

Y luego Teón, aquel Teón cuyo nombre no se atreve á confiar á sus labios..... ¿qué será del infelice? Sin duda la aborrece por perjurá, y la fe inquebrantable de su burlado amor será para el pobre abandonado noche y día infernal remordimiento.

IX.

—Deliciosa Monima—le decía cierta mañana el poderoso arsácida, amoroso y expresivo—perdona tanta importunidad; pero ya va siendo para mí cuestión de amor propio el conocimiento del pesar que te consume. Daría la provincia más rica de mi reino por borrar del sol de mi vida la mancha de su tristeza. Acaba de partir de Sinope Cleanto, y fuera de ese sér querido, no adivino cuál otro pueda causar con su ausencia tu continuo malestar. Eres la soberana del territorio comprendido entre los linderos de la Grecia y las montañas del Cáucaso, y estoy resuelto á hacer por completo tu felicidad, aun á costa de la mía.

—¡Ah, señor, cuánto te debo!—dijo la perla del harem, entre agradecida y resignada.

—¿Ansías más lujo?

—Sóbrame el que me rodea.

—¿El recuerdo de alguna pasión de tu primera edad?.....

¡Ah! quizás aquel Teón..... ¡no me acordaba!

—Fué un pasatiempo pueril, del que apenas queda rastro entre las memorias de mi pasado. La página en que estaba escrito ese nombre.....

—¿Qué?—interrumpió impaciente el monarca.

Monima, haciendo un esfuerzo supremo, concluyó:

—¡La he arrancado del libro de mi corazón!

El Rey de Ponto respiró.

—¿Qué me pides, pues, que alivie tus pesares?.... Dímelo sin vacilar.

—Que me vuelvas á mi patria un solo día, ¡uno tan solo! Quiero volver á saludar aquel mar pintoresco, respirar aquel ambiente saludable.... ¡Quiero volver á ser por un instante Monima la milesia!

Mitridates calló.

—¿Lo ves?.... ¡Ha sido mucha mi exigencia! La que entra en un serrallo debe darse por muerta para el mundo. Tus magnánimas protestas me lo hicieron olvidar; pero ese silencio ha vuelto á recordarme la realidad de mi destino.

—No puedo oír impávido tus súplicas. Hoy mismo he de partir á campaña contra los romanos, esas aves de rapiña á las que es necesario cortar garras y pico. Cuando torne de ella, te acompañaré á tu patria, haciendo esta excepción en gracia á tu salud y tu contento.

X.

Los pueblos del Oriente, cansados de la dominación romana, esquilados y envilecidos por el odiado Sila y sus sucesores, así que el gran Mitridates se consideró capaz de medir sus armas con ellos y lanzó el grito de guerra, todos acudieron á pelear bajo sus banderas contra el común enemigo.

Sometida la Cólquide, el dueño de Monima pasó á la Capadocia, que libertó del poder de los descendientes de Rómulo, triunfando de Murena, hechura del Dictador.

Otras muchas ciudades y territorios arrancó del poder de los hijos del Lacio, hasta obligar al Senado romano á acudir con todo su poder á apagar el incendio.

Lucio Lúculo fué el elegido para dirigir la empresa, el cual recogió por los puntos del tránsito á cuantos advenedizos quisieron alistarse en sus legiones, dando á cada cual el lugar correspondiente á sus merecimientos.

Comprendiendo, sin embargo, que sus fuerzas eran inferiores á las del rey del Ponto, nunca se dejó arrastrar por éste á la pelea, aun cuando en ocasiones le destrozase algún cuerpo de tropas y degollase á sus lugartenientes.

Mas, consumado táctico, aprovechó una ocasión favorable cerca de Cícico, en la que derrotó al arsácida. Siguióle al Helesponto, á las costas de Bitinia, á la Paflagonia, á la Capadocia, y, por último, le obligó á refugiarse al lado de su yerno Tigranes, rey de Armenia.

XI.

Temiendo un golpe de mano de los enemigos, el precavido Mitridates había ordenado, y así se había efectuado, la traslación de sus mujeres, hermanas y parientas á la ciudad de Farnacia.

Monima mudó, pues, de prisión; mas ignorante de los

descalabros sufridos por su eximio dueño, lo aguardaba por momentos para que le cumplierse su promesa.

La esperanza, ese sueño fascinador del hombre despierto, había vivificado su abatido espíritu.

Pero cuando más se mecía en aquel mundo ilusorio, sacáronla de su arrobamiento ayes lastimeros.

No tardó Báquides en presentársele, descompuesto el semblante y presa de cruel alismo.

—¿Qué es eso? ¿Ocurre alguna desgracia?—le preguntó Monima.

—Muchas á la vez, señora mía.

—¿Que han de alcanzarme á mí?

—Seguramente.

—¡Oh! habla y veré de burlarlas en lo posible.

Báquides movió la cabeza negativamente.

—¿Que no?.... ¡Me haces temblar! ¿Peligra mi existencia?

—Lee—le contestó el eunuco mostrándole un papiro.

Era una orden del Rey, concebida en estos términos:

«Si pierdo la batalla y los romanos avanzan sobre Farnacia, no dándote tiempo de sacar de ella á mi familia y mis mujeres, procura que no caiga viva en sus manos ni una sola. Antes muertas que en poder de los hijos de la loba.»

—¿Y están cerca?....—interrogó sobrecogida de angustia la adorable favorita.

—Ya asoman por allí las avanzadas.

Y señalaba á la ventana.

—¡Oh! ¡Luego no hay más recurso que morir!—exclamó con desfallecimiento;—¡y morir sin haber vuelto á ver.... á mi adorada patria!

—Estás en el caso de elegir la muerte que menos te horrorice.

—Espera.... Mas si ha de ser, sea cuanto antes.

Y adoptando de pronto una resolución heroica, y con un estoicismo digno de un discípulo de Zenón, se desligó de la cintura la banda Real y, ayudada del eunuco intentó ahorcarse; mas la recamada tela, insuficiente para resistir el peso de su hermoso cuerpo, se rompió sin haberle ocasionado apenas daño alguno.

Entonces, arrojando lejos de sí con olimpico desprecio aquellos emblemáticos pedazos, pronunció aquella frase célebre que nos ha legado la historia:

—¡Maldito andrajó: ni para esto sirves!

XII.

—Señora—dijo Báquides acudiendo á ella—apura este licor, y en breve dormirás el sueño eterno.

Monima tomó el pomo que aquel mensajero de la muerte le ofrecía y le apuró instantáneamente.

El eunuco desapareció á proseguir desempeñando su lucuosa misión.

Y la hija de Cleanto se aproximó á la ventana, para enviar á la Grecia sus últimas miradas.

No tardó en divisar una falange de gálatas, soldados auxiliares de los romanos, que avanzaban á la carrera hacia la ciudad, y á su cabeza—¡oh cielos!—á Teón el espartano, que volaba tal vez á salvarla.

Un grito agudísimo se escapó de sus labios y cayó sin sentido sobre el pavimento.

Al volver en sí, cuando ya el veneno iba haciendo su efecto, sólo pudo dar al mundo una mirada; y viendo cerca de ella á su antiguo amor, que sostenía entre sus manos y besaba enloquecido su escultural cabeza, aun sonrió su yerta boca.

¡Sublime contraste!

La dicha fulgurando al borde del sepulcro.

La estrella de Mitridates se eclipsó más cada día. Vencido en las nuevas tentativas que hizo para rehabilitarse, tuvo hasta el pesar de verse aherrojado por Farnaces, su hijo predilecto.

Un galo lo libró de las miserias mundanas degollándolo, según los historiadores.

Alguno, discrepando en este detalle de la generalidad, afirma que su matador fué un espartano á quien había robado la felicidad.

PUBLIO HURTADO.



INVIERNO.—CUADRO DE MME. L. ABBÉMA.



LA TRUCHA

1.

—¡Te digo que era una trucha!

—Habrás visto mal.

—¡Si tan cierta tuviera la gloria!

—¡Pero, hombre, aquí no se dan más que tencas!

Los dos pescadores habíanse puesto en pie, y desatendiendo las largas cañas fijas en tierra que iban á hundir sus hilos en el agua del lago, se acercaron cuanto pudieron á la orilla, clavando sus ojos en las ondas como si quisieran horadarlas. No vieron nada de particular. Algunas carpas veteranas que pasaban y repasaban muy abajo junto al cebo, «tomándole el pelo», sin dignarse picar el gusanillo. Un instante permanecieron observando, y al cabo tornaron á sentarse en la sillita de tijera,

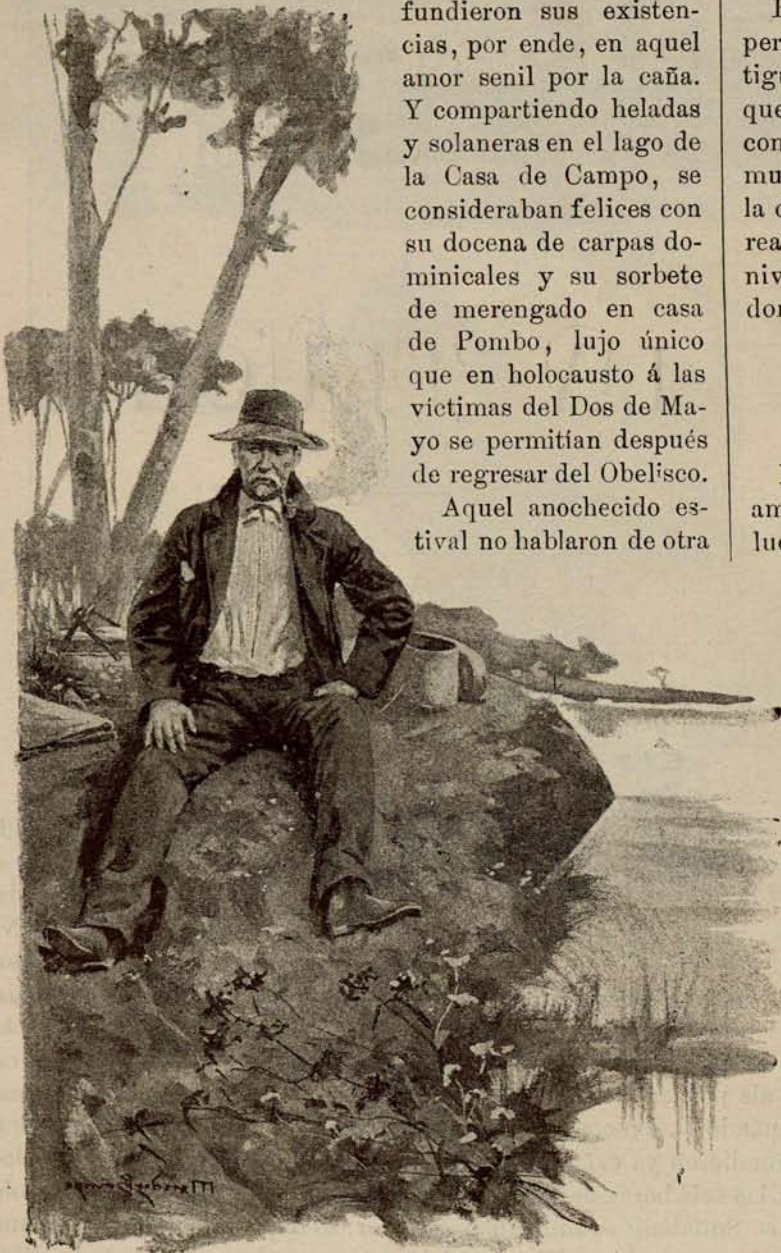
de cara al sol, defendidos de sus rayos por una anchísima ala postiza de lona que les cobijaba con una pantalla la cabeza.

Las once de la mañana daba la esquila de la torrecilla cuando D. Procopio había llamado la atención de su camarada don Abundio acerca de su descubrimiento. Las cinco les sorprendieron ya caña en ristre, con su bote de hoja de lata para los peces al lado y su cestita con la tortilla fría próxima. En las seis horas de intervalo no desplegaron los labios ni una sola vez. Dos estatuas yacentes, sin más vida que la de los ojos. Sudaban: se limpiaban el sudor: lo dejaban correr. Venía una rachita fresca: abríanse el cuello de la camisa con el fin de orearse bien. El sol andaba en su camino: variaban de sitio,

pero todo mudo, silencioso, quedo, con movimientos de espectro, con suavidades de sombra para que sus fluviales señorías no se asustaran.

La misma operación venían haciendo todos los domingos y días festivos desde cuarenta años atrás. No había guarda en la Casa de Campo que no les conociera, ni portero de la entrada que no supiera que fumaban picadura fuerte. Ambos devotos de la caña eran sexagenarios, amojamados, entecos, calvos, con bigote y perilla blancos y derechos de figura, con cierta rigidez militar en la persona. Y, con efecto, procedían de aquellos cuantos bravos que tomaron el puente de Luchana á la bayoneta, hollando la nieve. Aun tenían una fecha bélica, la única en que abandonaban la carnaza: el Dos de Mayo. Y es que estaban filiados en la compañía de Veteranos nacionales, y esa mañana les reclamaba la patriótica procesión.

Camaradas de campaña, habíanse vuelto á encontrar á uno y otro lado de la misma mesa en la Dirección de Rentas, y de igual modo que cuando manejaban el fusil, uniéronse estrechamente ahora que esgrimían la pluma, hasta el punto de marcharse á vivir juntos. Eran solos y libres, tenían idéntica pasión, fundieron sus existencias, por ende, en aquel amor senil por la caña. Y compartiendo heladas y solaneras en el lago de la Casa de Campo, se consideraban felices con su docena de carpas dominicales y su sorbete de merengado en casa de Pombo, lujo único que en holocausto á las víctimas del Dos de Mayo se permitían después de regresar del Obelisco. Aquel anochecido estival no hablaron de otra



cosa al volver á casa cargados con sus bártulos: de la trucha. Don Procopio juró y perjuró que la había visto, y el otro le llamó en broma burriciego. Por poco se amoscan. Durante toda la semana no tuvieron más conversación en la oficina entre orden y orden. Los compañeros intervinieron en pro y en contra. Hasta llegó á cruzarse alguna apuesta, con lo cual se les hicieron eternos los días. Al cabo llegó el domingo, y apenas amaneció se plantaron en el río. Tan temprano era, que se encontraron la verja cerrada. Pero todo fué en vano. Obsesionados por el misterioso pez, casi cuidaron, D. Procopio singularmente, del anzuelo y de la carnaza, se movieron mucho, metieron ruido y atraparon pocos ó ningún incauto, sin descubrir, en cambio, la más leve huella de la fugitiva.

Por aquel entonces un suceso inesperado les robó algún tanto de atención á los peces. Los dos tenían cinco mil reales y condiciones de ascenso; acababa de vacar una plaza de seis, y el jefe inmediato les dijo:

—Tanto estimo los servicios de uno como de otro; de suerte, que no habiendo un par de plazas para los dos, no intervengo en el ascenso. Muévanse ustedes, y al que más pueda.

Honradísimos sargentos retirados, ninguno conocía más personaje que su respectivo coronel, ya general, y su antiguo calor fueron ambos á buscar en seguida. Alguien tenía que quedarse sin la plaza. Como era natural, la perdió el que contaba con menos influencia, y D. Procopio, cuyo jefe iba muy bien con la situación, se llevó para su viejo primero de la cuarta del segundo la codiciada credencialita de seis mil reales, estableciéndose así por la fuerza de las cosas un desnivel inevitable entre los dos unidos amanuenses y pescadores.

II.

Don Procopio quería entrañablemente á su colega, con ese amor eterno nacido bajo las balas enemigas y robustecido luego por cuarenta años de vida en común. Cuando los demás escribientes de la sección fueron aquella mañana á darle la enhorabuena en su cuchitril, se lo encontraron triste, abatido, con los párpados rojos como de recientes lágrimas.

—Pero ¿qué le pasa á usted?—dijéronle llenos de asombro.

Pretextó una excusa: pero su pena era tan inexplicable en un día tan alegre, y por otra parte pesábale tanto en el alma, que soltó la llave á las expansiones.

—Ya ustedes comprenderán si yo debía de celebrar mi ascenso—exclamó balbuciente—después de quince años con cinco; pues si en mi mano estuviera, lo renunciaría en favor de D. Abundio, porque me cuesta su amistad, que es para mí media existencia.

Guardó un instante silencio, arrollado por su emoción. Uno de sus compañeros dijo entonces:

—Pero ¿qué ha sucedido, D. Procopio?

—Pues nada—continuó el veterano;—que sin duda esperaba el ascenso, y el chasco de tal manera le ha herido, que ayer me dió friamente la enhora-

buena, y hoy, día de trabajo, en que jamás ha ido á pescar, antes de que yo me levantara se fué sin despertarme, evitando encontrarse con ustedes, que ya sabía que vendrían á tomar una pasta y una copa. ¡Parece mentira lo que hace el despecho! En Luchana me libró de un bayonetazo de un carca; no se ha separado de mí en cuarenta años, y por cochinos mil reales me vuelve ahora la espalda á la vejez.

En aquel instante tableteó la campanilla agitada por una mano «de casa», y á poco entró en la habitación D. Abundio, con su armatoste á cuestas y la lata de los peces colgandera de una mano. Venía rojo, sudando, congestionado, pero con el enjuto rostro lleno de una alegría que se le escapaba á oleadas del semblante. Don Procopio disimuló su turbación y los camaradas se miraron unos á otros, hallando insultante aquella indiferencia del pescador.

Don Abundio, ingenuo y bueno, pero un poco corto de alcances, verdadero buey asturiano, noblote y tardo, no se percató de semejante actitud rayana en lo hostil, y abriendo los brazos estrechó en ellos á su colega, diciéndole con efusión:

—¡Por fin me salí con la mía, chico! Ahí la traigo.

—¿El qué?—balbuceó D. Procopio con súbita ansiedad, iluminado de pronto por una idea.

—¡La trucha, hombre, la trucha! Tenías razón. Me he enterado bien. Quizás es el último ejemplar de unas cuantas

que años hace echaron como prueba. Yo te veía preocupado con el maldito pez, y me dije para mi capote:—¡Qué demonio! De perder el tiempo no puede pasar. Mañana me levanto con el día y me voy á la Casa de Campo. A ver si da la chiripa de que la atrape y celebremos el ascenso como es debido. ¡Y que pesa su libra, chico! ¡Mírala!

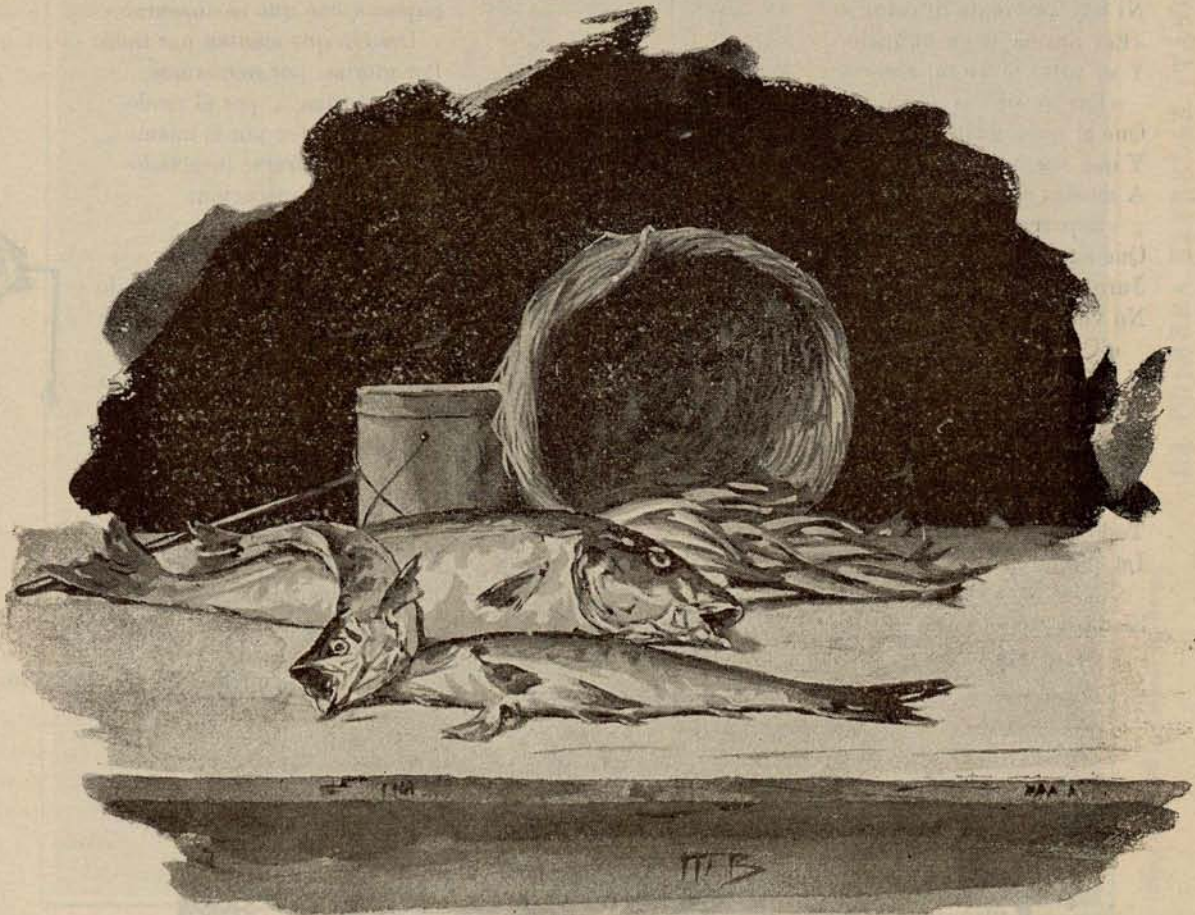
El pescador se sobrepuso al amigo en el ánimo de don Procopio, y examinó con deleite el pez, aún vivo, que su colega le enseñaba alzando el bote de hoja de lata á la altura de sus ojos. Luego el ascendido amanuense consideró el rostro de su colega, limpio, transparente, sin un pliegue, abierto de par en par, mostrando toda su alma tranquila y buena, y arrepentido de sus dudas y sin valor de confesarlas, exclamó, estrechando fuertemente contra su pecho al generoso donante:

—¡Gracias! ¡gracias!

Los cinco ó seis compañeros de oficina, en autos de la cosa, comprendieron lo que pasaba en el ánimo de don Procopio; pero D. Abundio, inocente de las infundadas sospechas de su amigo, no se percató en lo más mínimo del verdadero sentido de sus palabras, y dejándose abrazar, exclamó como el que duda del juicio de alguien:

—¡Pues señor, tú estás chiflado, hombre! ¡Cualquiera se pensaría que te habías enamorado de la trucha!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.





SERES SUPERIORES

Los hay indudablemente,
Y en donde quiera que estén,
Aplican á lo existente
Su soberano desdén.
Su fuerte filosofía
No se entusiasma con nada,
Y «Eso es una tontería»,
Y «Aquello es una bobada»,
«En ese cuadro, no hay cielo,
Ni hay ambiente ni color.»
«Ese drama es un buñuelo,
Y su autor no es tal autor.»
«Esa música es un ruido
Que el buen gusto no tolera
Y que suena en el oído
Á música ratonera.»
«Reparen en la comida
Que sirviéndonos están.
Juro á ustedes que en la vida
No vuelvo á este Restaurant.»
«¡Qué clases tan majaderas
Y tan poco adelantadas!
¡Qué costumbres tan groseras!
¡Qué modas tan atrasadas!»
Y este es su modo de hallar:
De todo, y á este tenor
Todo lo suelen hablar,
Lo que no malo.... peor.
No les hace reir nada,
Siempre con el gesto adusto:

Jamás dan una palmada,
Porque *eso es de muy mal gusto*.

Van al teatro, y se salen
Antes de echar el telón;
Que es medio de que se valen
Para llamar la atención,
Y para probar también
Que lo que allí representan
Sólo merece el desdén
Superior con que se ausentan.

Desdén que sienten por todo:
Por glorias, por heroísmos,
Por la forma..... por el modo,
Y hasta desdén por sí mismos,
Por encontrarse mezclados
Á tan ruin generación;
¡Ellos! seres destinados
Á la glorificación.

Creen que el desdén es modo
De mostrar gusto exquisito,
Y que el hablar mal de todo
Hace hasta el pie más chiquito.

Ignorando, en conclusión,
Que con su *desdenmania*
Vienen á formar el *Non*
Plus de la cursilería.

Todos estos caballeros,
Aunque hiriendo así ellos gocean,
Resultan los majaderos
Más grandes que se conocen



RICARDO MONASTERIO.





Copyright 1895 by Lecomte-du-Nouy.

LA PRIMERA ESTRELLA (TÁNGER).—CUADRO DE LECOMTE-DU-NOUY.

DON ENRIQUE DE LA CUADRA

MARQUÉS DE SAN MARCIAL

POR EL DOCTOR THEBUSSEM

Mi querido amigo y dueño D. Manuel de Foronda:

Con muchísimo gusto recibí y he leído y releído las copias que tuvo Vm. la bondad de enviarme del *Journal des voyages de Charles Quint*, desde 1514 á 1551, escritos por Jean de Vaudenesse, y que son una mina de curiosidad para el estudio de la gastronomía y precios de los comestibles en la primera mitad del siglo XVI.

No me es posible cumplir el honroso encargo que Vm. me hace de aderezar y condimentar un artículo con las dichas noticias, pues se necesitaría no solamente al Du-Cange colgado de las narices, sino también poseer conocimientos gastronómicos muy profundos, para describir con acierto aquellos servicios de cincuenta ó sesenta manjares succulentos, que se presentaban en los grandes banquetes ofrecidos á los caballeros del Toisón de Oro. Y además sería infamia que yo desflorase los curiosos estudios que Vm. trae entre manos, relativos á los viajes, fiestas y ocupaciones del emperador Carlos V durante todos los días de su vida, los cuales estudios, á mi juicio, han de sorprender y admirar á todos los historiadores y eruditos del mundo.

En cambio, y ya que de comidas se trata, daré á Vm. noticias del proyecto de un yantar moderno, que por desgracia se quedó en proyecto, á causa de la nunca bastante llorada muerte del anfitrión.

Fué ó debió ser éste, el opulento D. Enrique de la Cuadra, Marqués de San Marcial y Conde de Xibaja, vecino de Utrera, y tan amante de su pueblo que invirtió sumas cuantiosas en abrir una gran vía, labrar acueducto, fábrica de gas y teatro, reconstruir templos y otras diferentes obras públicas en beneficio de la ciudad, á la cual sirve de ornamento arquitectónico el suntuoso palacio que habitaba el Marqués.

Adquirió éste el viejo Castillo de los Molares, situado en las cercanías de Utrera, con algunas de las miserables fincas y casuchas que lo rodeaban, y, peritísimo en la materia, comenzó su escrupulosa reconstrucción con arreglo á la arquitectura de la época en que se había erigido.

Mis relaciones con el Marqués eran pocas y superficiales cuando empezó la correspondencia epistolar que á continuación traslado, y con la cual tuve la fortuna y la desgracia de que nos pudiéramos llamar amigos en la genuina acepción de la palabra. He dicho fortuna por las atenciones y deferencias que debí á Cuadra, y le llamo desgracia por la pena que me causó y me causa su inesperado y prematuro fallecimiento.

Hablen, pues, las misivas á que aludo, escritas con esa soltura y espontaneidad que dan la fotografía del alma y del corazón de su autor, y que dicen así:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 31 de Marzo de 1892.—Muy señor y amigo mío: Soy, como usted sabe, un chiflado de esos que por divina misericordia andan sueltos por el mundo cumpliendo sus deberes de ciudadano, como los cumplen la generalidad de los españoles. Pero soy dueño de un castillo edificado en los tiempos de D. Fernando IV, ampliado en los de D. Alfonso el Onceno y que restauró en los de D. Alfonso XIII. Procuro en la obra de reconstrucción, de lo que no eran ya más que ruinas, volverlo á lo que fué y darle el mayor carácter de la época, conservando todo lo que en aquellos tiempos se hizo.

Para inaugurar lo que será un *Castillete* quiero dar en él una fiesta á mis amigos, obligándoles á costearse una vestimenta más ó menos histórica, y quiero en la ornamentación del comedor aproximarme á la que usaron los señores de los siglos en que el castillo se construyó.

Después de este preámbulo, malo y largo, voy al objeto de mi carta. Me figuro que los señores del tiempo que he citado comían en mesa y sentados, que usaban vajilla, vasos, copas, jarros ó botellas, manteles y cucharas. Creo no equivocarme al asegurarlo; pero aquí comienzan mis dudas y empieza mi interrogatorio.

¿Comían en una grande ó chica, alta ó baja?

La mesa que usan nuestros campesinos y artesanos, ¿es



DON ENRIQUE DE LA CUADRA, MARQUÉS DE SAN MARCIAL.

(† en Utrera, en 1894.)

la mesa que usaron los señores del tiempo de D. Alfonso XI?

¿Se ponían manteles en España en la época que señalo?

Los platos árabes ó hispano-árabes, que han llegado hasta nuestros días, ¿les servían para comer, ó eran otros los que usaban?

¿Comían, acaso, sacando todos de la fuente, cazuela ó lebrillo que ocupaba el centro de la mesa, como hacen hoy las gentes del campo?

¿Cada asistente tenía á su disposición un vaso, copa ó jarro, ó bebían todos en el mismo?

¿Cómo se hacía el servicio?

¿Se colocaban los platos en la mesa, ó los servían los pajes á cada invitado?

Temo que, á pesar de su bondad, halle impertinente esta carta de su afectísimo servidor, q. l. b. l. m.,—*E. de la Cuadra.*

En respuesta á la anterior misiva manifesté á Cuadra que era necesario ser un Paul Lacroix, ú otro eruditazo por el estilo, para contestar acertada y categóricamente á sus pre-

guntas. Expuse, sin embargo, cuanto yo sabía de la materia, y le recomendé varios libros en cuyas láminas y textos pudiera hallar muchas de las noticias que deseaba.

Hé aquí la contestación que recibí:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 7 de Abril de 1892.—
Mi querido Doctor Thebussem: Mucho trigo me ha traído su estimada carta. Ya pedí los libros que en ella indica, y si me ocurriesen dudas, á pesar de lo que en ellos lea, volveré á molestar á usted.

Dígame usted los nombres de dos ó tres amigos suyos á quienes usted desee que yo invite.

¿Invitar he dicho?

¿Y cómo invitaban los ricos homes del siglo XIV cuando querían reunirse para comer?

Venga de ahí una invitación en *fabla antigua* para hacerla estampar en pergamino.

Mil gracias por sus bondades le envía su afectísimo, —*E. de la Cuadra.*

Mandé á mi amigo unos cuantos renglones que, con sonsonete de *fabla antigua*, decían así:



Muy mānifico señor: yo vos mucho ruego que in-
nes, xxvj dias deste pressente mes della fecha desta
carta a la ora de nona, estedes en este mi castillo que
dicen los molares para assentaros a la mesa e pantar
cōmigo e con otros sennores, q̄ assi mesmo vernan:
otrosi me faredes grand merced con vuestra compaña.
nr̄o Sennor vos tenga en su guarda. De Utrera iiij
dias de março era de mill e novecientos e treinta
annos.

D. enriq̄. dela quadra.

Por mādado de don Enriq. mi sennor
iohā gonz^s

El eruditísimo D. José Gestoso copió estas líneas con tal maestría en la imitación de la letra del siglo XIV, que parece foja arrancada de algún códice de aquella época. Conservo en singular aprecio esta joya caligráfica, á la cual se refiere la carta que sigue:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 16 de Abril de 1892.—
Amigo mío: Recibí el borrador de la *Invitación*, y se lo de-

vuelvo á V. copiado en excelente letra cortesana por nuestro querido D. José Gestoso, que es mi consejero en todo lo que á antigüedades se refiere. Él ha dibujado y está dirigiendo la fabricación de la vajilla que ha de servir para nuestro banquete.

Arreglaré, ó por mejor decir, fijaré la inauguración del Castillo para un día en que V. y Castro y Serrano puedan venir con toda holgura. No me perdonaría nunca el ser

motivo de su ausencia. Salga lo que saliere del guisado que estamos preparando, no quiero privarme del gusto de apretarles la mano, vestido de magnífico señor, ni de la honra de que VV. me acompañen en aquella ocasión, para mí gratisima, ya que he de ver reunidos á mis amigos.

De usted afectísimo y agradecido.—*E. de la Cuadra.*

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 26 de Abril de 1892.—Señor y amigo mio: No debo ni puedo dejar pasar sin protesta el roción de piropos que Castro y Serrano me lanza en los párrafos de su carta, que V. copia en la que me dirige. Comprenda V., Doctor querido, y haga comprender á Castro, que con un señor tan culminante como él me piensa, no podrían VV. comer sin someterse á un ceremonial imposible, aunque nos vistiésemos de infanzones. No: yo soy un hombre entusiasta de su país, de su pueblo principalmente; pero más liso y más llano que el primer patán castellano, cuya sangre corre en mis venas.

Hecha tan solemne protesta, acepto gustosísimo que Castro sea cronista de la *cosa*, y ruego á usted que le dé las gracias en mi nombre.

Ya recibí de Francia y Alemania los excelentes y magníficos libros que V. me recomendó, y he empezado á hojearlos. Me parece que ciertos detalles no van á caber en la ejecución del programa.—¿De qué manera comería usted en el mismo plato y bebería en la misma copa que una dama desconocida de V. hasta el momento de sentarse á mi mesa?—¿Cómo tomaría V. el caldo sin cuchara?—¿Qué haría V. de un guisote con salsa si le pusieran la broca?

Allá veremos. Me parece que por muy ceremoniosos que pretendamos estar, acabaremos por creernos en pleno Carnaval.

De usted muy amigo.—*E. de la Cuadra.*

No sé cómo rodaban las circunstancias, que deseoso Cuadra de que yo pasase unos días en su palacio de Utrera, y más deseoso yo de pasarlos en tan grata compañía, nunca llegó el caso de realizarse el plan, quizá por la gran libertad de que afortunadamente disfruto, y por las pocas leguas que nos separaban. En fin, que en la práctica nada hay más difícil que las cosas fáciles.

Pero como era imposible tratar ya por cartas las grandes menudencias del espléndido banquete, avisé á mi amigo la época en que yo debía pasar por Utrera, y me contestó lo que copio:

Sr. Doctor Thebussem.—Utrera, 30 de Abril de 1892.—Mi querido amigo: Aviseme V., no la víspera, sino con dos días de anticipación su paso por Utrera, é iré yo mismo á esperar á V., acompañándolo hasta Córdoba ó Sevilla. Los trabajos de campo me tienen á veces ausente, y sentiría no poder recibir á V. como V. se merece.

Creo, como V., que será preciso prescindir de muchos detalles para hacer práctico el pensamiento del yantar. To-

davía las obras del castillo están demasiado atrasadas para resolver nada en definitiva. Hasta la vista, y se repite de usted afectísimo.—*E. de la Cuadra.*

Llegué á Utrera, recibíome Cuadra con un abrazo y entramos en el coche reservado que ya tenía dispuesto, á fin de que nadie se enterase de nuestros asuntos ni nos interrumpiese en nuestras pláticas. Recuerdo la particularidad de que un hombre tan opulento viajase sin secretario, mayordomo ni ayuda de cámara, y llevando por todo equipaje una sombrero que él mismo portaba.

Grande era su entusiasmo por las reparaciones del Castillo de los Molares, y por el festín que allí hubiera de celebrarse; y como mis deseos no le iban en zaga, convinimos en que, siendo un gasto de capricho, debía ó suprimirse por completo, ó verificarlo con el mayor lujo y esplendor. Resultó que yo pude hablar con toda libertad, ya que Cuadra me incitaba á echar por largo, y admitía el axioma de que para el buen éxito de semejantes fiestas era lo mejor tirar con pólvora ajena, ó sea que uno dispusiera y otro pagara.

Con gran facilidad convencí á mi interlocutor de que si la vajilla, mantelería, plata, candeleros y demás muebles del comedor, que le fabricaban en España y Francia, habían de revestir carácter antiguo, lo material de la comida era conveniente que fuese á la moderna, á fin de que no nos quedásemos en ayunas y privados de trufas, champagne, café y tabaco. Nada de aquellos interminables servicios de veinte ó treinta manjares cada uno, tan frecuentes en la Edad Media. Una buena comida de seis platos servida por Lhardy; algunos azafates, escudillas y altamias con grajeas, hostias y cañutillos de suplicaciones; un par de jarros con aloja y alguna aplicación de la capirotada, mirrauste, manjar blanco pipotea, *bunyols de pasta ab ous é formatge*, y otros guisados de que nos hablan Ruperto de Nola y el curiosísimo *Libre de sent soui*, añadidos á las confecciones de la cocina moderna, servirían para dar al banquete un barniz ó colorido de los tiempos de antaño. Semejante consorcio lo encomendábamos á la singular habilidad y acierto del erudito D. Felipe Benicio Navarro, cuya asistencia al festín juzgamos indispensable.

Acordamos también que los pajes, donceles, coperos, músicos, maestresales y demás servidores, usasen lujosos trajes á la antigua, cuartelados con los colores de la casa, y que las personas invitadas vestirían á la moderna, pero con exclusión del frac.

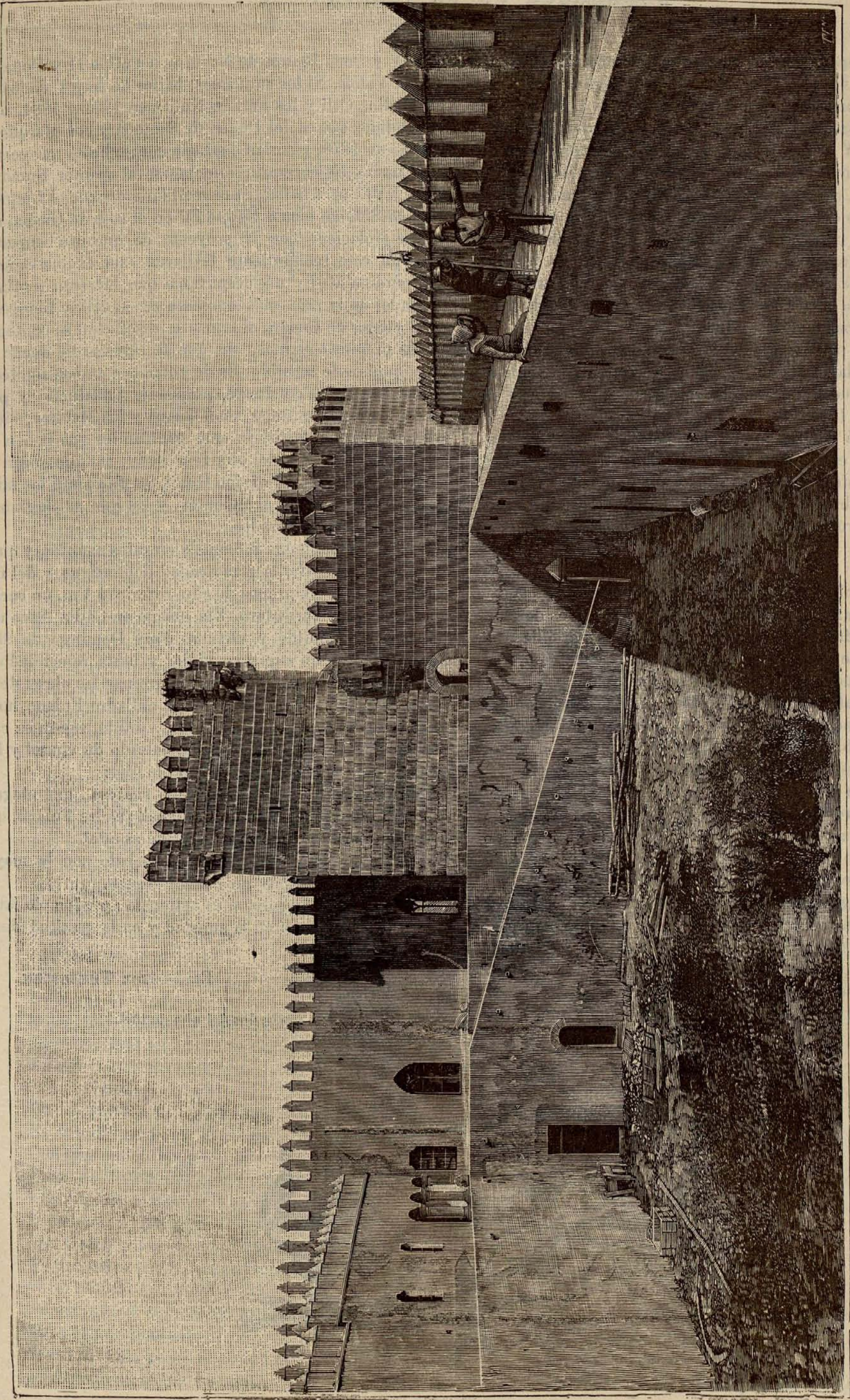
Cuadra, que tomaba rápidamente con lápiz notas que ayudasen á su memoria, dijo sin levantar la cabeza: ¿Nos queda algo más?

Y tanto como nos queda, le repliqué; lo dicho hasta aquí son tortas y pan pintado; aun nos falta el rabo por desollar.

¿Ha pensado Vm., le manifesté, en los trovadores, en la música y en la función dramática que han de seguir á los postres del banquete?

No, señor: no he pensado en nada de eso, me contestó con cara de júbilo y de sorpresa.

Pues, amigo Cuadra, todo esto es lo principal; y yo, anticipándome á los deseos de Vm., tengo ya condicionalmente apalabrados á Barbieri y á Zorrilla: al primero para que nos



SEVILLA.—LOS MOLARES.

CASTILLO DEL SIGLO XVI, REEDIFICADO POR SU PROPIETARIO, EL MARQUÉS DE SAN MARCIAL, EL AÑO 1892.

arregle y disponga lo concerniente á trompetas, chirimías y concierto vocal é instrumental, y al segundo para que escriba los romances de los trovadores y la farsa ó pasillo que hayan de representar en los Molares buenos cómicos de la corte. Y si á esto agrega Vm. que el último plato del yantar sea un gran azafate con abundante surtido de broches, anillos, cadenas y joyeles, á fin de que los invitados elijan aquello que más les agrada, y costea Vm. una lujosa edición de la crónica de la fiesta que nos escriba Castro y Serrano, adornándola con buenas estampas de los Molares, y en aquel día distribuye Vm. esas cuantiosas limosnas que tan acreditada tienen la caridad de Vm., creo que la fiesta resultará digna, nueva, suntuosa y espléndida.

¡Aprobado por unanimidad!..... replicó Cuadra frotándose alegremente las manos y agregando unas palabras que no recuerdo, y que aun cuando las recordase no serian para escritas en este lugar.

Llegamos á Sevilla, donde él se quedó, y yo proseguí mi camino. Nos escribimos varias cartas relativas al asunto y luego..... las desgracias que acibararon y abreviaron la vida de aquel hombre tan bueno, y tan magnánimo y tan generoso, le hicieron olvidar y abandonar su fiesta.

Por septiembre de 1894 falleció D. Enrique de la Cuadra, á quien poco antes le habían concedido los títulos de Marqués de San Marcial y Conde de Xibaja. Los periódicos, al referir el triste suceso y explicar la pena que había producido en la ciudad de Utrera, agregaban que si «la Providencia dotó al Marqués de cuantiosa fortuna, invertida con generosa mano en el mejoramiento moral y material de su pueblo, también probó el temple de su alma con penas muy sensibles, en los más caros afectos de su corazón».

Descanse en paz mi ilustre amigo. Al dolor de su fallecimiento, claro es que se une la contrariedad de que no llegase á realizar una fiesta para la cual tenía ya invertido mucho trabajo y mucho dinero, y que hubiera resultado peregrina en los fastos de los banquetes españoles.

Y digo peregrina, porque á ningún príncipe de nuestros tiempos se le ha ocurrido (que yo sepa) reedificar un castillo desmantelado para dar en él una comida semejante á aquellas con que Don Alvaró de Luna, el Conde de Haro y el de Benavente obsequiaron en sus respectivas épocas á Don Juan II y Doña Isabel de Portugal, á Don Enri-

que IV y Doña Blanca de Navarra, á Felipe II y Doña Isabel de Valois. Ni los suntuosos bailes de trajes dados por los Medina-Celi y los Fernán-Núñez en 1861 y 1884, ni los espléndidos saraos del Duque de Santoña y del Marqués de Campo en 1878, guardan analogía con la fiesta proyectada por Cuadra. Es necesario remontarse al primer tercio del siglo XVII para hallar, en el recibimiento que el Duque de Medina-Sidonia hizo á Felipe IV en el coto de Oñana, algo que se relacione con el proyecto de que nos ocupamos. Pero en este recibimiento brillaron casi exclusivamente una prodigalidad y un despilfarro que hicieron mella en el caudal de la casa más opulenta de aquellos tiempos, y en el yantar de Cuadra el lujo y la discreción se contenian en sus propios términos, sin que la riqueza del dueño tuviera quebranto sensible. Es de notar que ambos alardes se verificaban en los deleitosos campos de Andalucía, y puntos tan cercanos entre si como Oñana y los Molares, situados en el ameno territorio que pueblan los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, y los que se alegran en los eliseos jerezanos prados.

Quizá el clima tenga influencia en estos asuntos, y quizá el sol andaluz aguijó la generosidad del antiguo y del moderno magnate. En prueba de ello, referiré á Vm. un suceso completamente verdadero. Era obispo en Cádiz, hace medio siglo, el humilde y virtuoso Fray Domingo de Silos Moreno. Usaba un capisayo viejo, y hasta remendado, y vendía los regalos recibidos para terminar las obras de su amada catedral. Presentósele un día el Padre Fulano, hombre alegre, decididor, rico y generoso, vestido, según su costumbre, de nueva y luciente seda, calzado de charol y hebillas de oro. El bondadoso prelado le dijo:

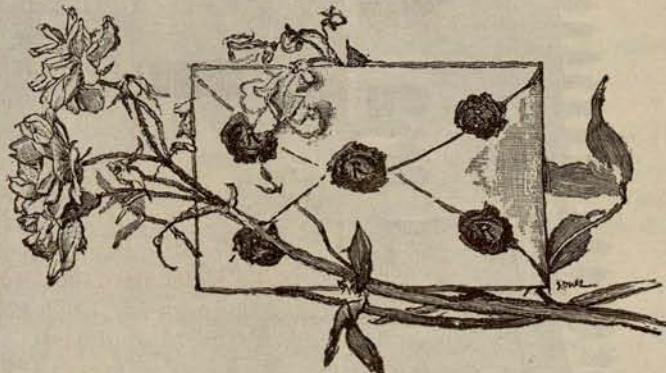
Padre Fulano, ¿qué es *esto*? ¡Qué riqueza, qué elegancia, qué lujo! ¡Parece Vm. un Cardenal! ¡Padre Fulano, qué sotana, qué manteo, qué zapatos! ¿Qué es *esto*?

Señor Ilustrísimo, contestó el interpelado con la mayor sencillez, *esto* no es más que *gusto* y *dinero*.

Aplique Vm. el cuento, si es aplicable; perdone lo largo de mi relación, y crea en la amistad y en la gratitud de su afectísimo

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina-Sidonia; á mediados del año de 1895.



EL YUNQUE

En la asombrosa fundición, se mira
 El taller de las fraguas, estallando
 Livido fuego cual radiante pira.
 Se están por los obreros modelando
 Piezas de hierro que abrasó la llama
 Rugiendo en las plutónicas hornillas,
 En cuyos negros fondos se derrama
 Con su millar de lenguas amarillas.
 Los hierros inflamados
 Reciben de los machos gigantescos
 Los golpes esforzados
 Que alternan con los mil de los martillos;
 Y los yunques, tremendo campanario
 Del templo de las fábricas, entona
 Un estruendo sublime de colosos
 Que hace temblar del suelo á la corona
 Los muros formidables y grandiosos.
 No es repique de fiesta,
 Más bien parece toque de rebato
 El que hoy retumba en la gigante orquesta
 Del ruidoso taller: una proclama
 Ardiente como el fuego
 Que de los rojos hornos se derrama,
 De mano en mano corre,
 Odios, iras y rabias despertando,
 Como terrores va, de torre en torre,
 La nueva del incendio levantando.
 Es la proclama eterna
 Que de pueblo en región lleva el alambre;
 Es el ardid nocivo y engañoso
 Con que excita al obrero laborioso,
 Parte de Prensa á la que hostiga el hambre:
 «Ha llegado el momento en que á balazos—
 Levantando la voz lee un herrero
 Con frases que parecen martillazos—
 Te defiendas por fin, misero obrero,
 Si no quieres que fiero
 Te aniquile el *burgués* entre sus brazos.
 Mira el lujo insolente
 Que á tu vista pasea el poderoso
 Recostado en lujosa carretela,

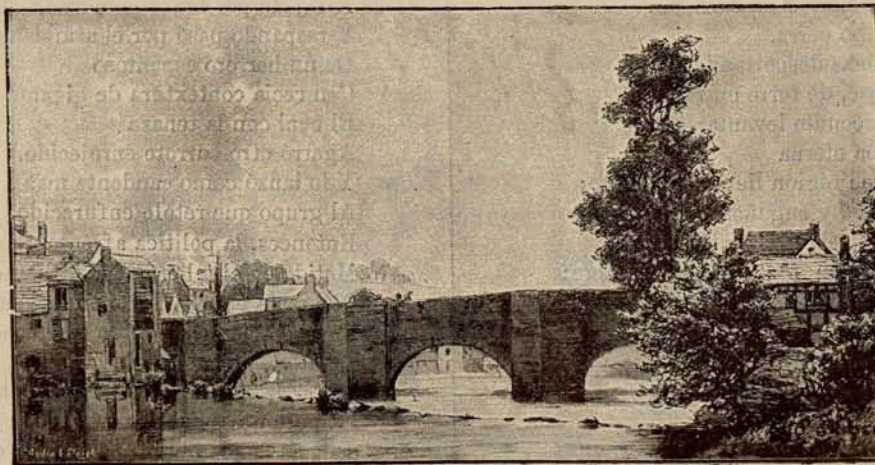
Mientras que la miseria agonizante
 En tu hogar anhelante
 Sobre la frente de tus hijos vuela.
 Los golpes que sacudes trabajando
 Con la piqueta, el hacha y el martillo,
 Dalos sobre los viles opresores
 Que te clavan su bárbaro cuchillo,
 Y rueden á tus pies, pedazos hechos,
 Sus muebles ostentosos,
 Sus cuadros y sus lechos,
 Sus caballos briosos,
 Y sus dorados muros y sus techos.»
 Una explosión de gozo contenido
 Resonó al acabarse la lectura,
 Ardiente como un hierro enrojecido,
 Y gritos de protesta valerosa
 Hacia el comedío del taller sonaron,
 Mezclándose en la sala calurosa
 Voces clamando por distinta idea
 Al atronar la fábrica asombrosa
 El comienzo de súbita pelea.
 Rayó el aire un barrote centellante,
 Arrojado por brazo poderoso,
 Y raspando pasó por el semblante
 De un herrero espantoso
 Con recia contextura de gigante:
 El cual con la tenaza
 Agarró otro barrote enrojecido,
 Y lo lanzó como candente maza
 Al grupo que retóle enfurecido.
 Entonces, la política afrentosa
 Metida en el taller, ácido ardiente
 Que mata el organismo en que se posa,
 Embraveció los odios en los pechos,
 Desató los torrentes de la ira,
 Y convirtió en combate tremebundo
 La portentosa fábrica sagrada,
 ¡Que es de los templos el mayor del mundo!
 Un diluvio de fuego
 Con resonantes proyectiles rojos,
 Que daban en los muros y en los yunques

Al deslumbrar los espantados ojos,
Llenó de líneas trágicas el viento
En la batalla bárbara y traidora
Donde estuvo el horrisono elemento
Aturdiendo al pasmado pensamiento
Con su horrible visión deslumbradora.

Una voz resonante
Que dominó la lid enardecida,
La de un herrero de viril semblante
Y rara ilustración bien adquirida,
Á quien daban aspecto de profeta
Su barba por el humo ennegrecida
Y sus miembros magníficos de atleta,
Alzóse y dijo con arranques fieros
Encendiendo la cínica proclama:
—«Escritos que no son de caballeros
Deben ser arrojados á la llama.
Plumas en las que late la avaricia
Os excitan, oh míseros obreros,
Á revolver del alma la inmundicia,
En vez de alzar en vuestro pecho puro
El amor incesante del trabajo
Que ha de labrar vuestro vivir futuro.
Todo tiene su yunque en que golpea,
Y golpeando el alma dignifica;
El yunque del soldado es la pelea,
Donde á la patria alientos sacrifica;
Del sabio es yunque la cabeza rica
Del cual salta la chispa, que es la idea.
En el concierto universal no hay cuerda
Que ociosa esté; perforan las raíces
Las magnas ubres de la tierra hermosa
Para beber sus savias, y con ellas
Subir del tallo por la fibra airosa
Las flores utilísimas y bellas;
Muévase el viento, y en sus alas leves

Conduce alborozado
Las moléculas breves
Del polen para el fruto destinado,
Y lo lleva en su errática carrera
Como un enamorado
De palmera á palmera,
Desde un bosque á otro bosque dilatado;
Lanzan los ríos su veloz corriente
Y derraman mil gérmenes de vida
En el regazo de la tierra ardiente,
Y al batir de su lecho las arenas
Retuercen sus anillos de serpiente
Con trabajar de fecundantes venas.
Nada hay ocioso en todo el universo;
El grano hace la espiga;
La luz deja la flor tornasolada;
Á fuerza de fatiga,
Durante siglos de labor constante,
El átomo anhelante
Labra la inaccesible cordillera;
Y el mismo Dios, en rotación valiente,
Arrastra con su mano omnipotente
Dentro de un ritmo la creación entera.
Trabajar es la vida, compañeros,
Y mover un martillo, un instrumento,
Sacar las letras de la culta caja,
O ir con la mano en el volante puesta,
Es—que tanto se eleva el que trabaja—
Pulsar el arpa en la sublime orquesta.
Á trabajar, á trabajar, herreros,
Y al punto cesen vuestras bravas iras.»
Subyugó con su voz á los obreros,
Que, volviendo á los mazos espantables
Y de las fraguas á las rojas piras,
Alzaron de los yunques formidables
Triunfal repique de grandiosas lirás.

SALVADOR RUEDA.



Letra ó carta que un abuelo Hoy escribe á un jovenzuelo.

Mi querido y joven amigo: Á este lugarón donde me he retirado tiempo hace para concluir en paz mis ya largos días, llegó á buscarme tu carta con la triste noticia del fallecimiento de tu señor padre (q. s. g. h.). Añades que por tal causa, falto ya de medios, no puedes proseguir tus estudios, habiendo determinado marchar á Madrid para conquistar en la corte de España con tu ingenio y pluma nombradía, posición y dinero. Aunque tal resolución me recuerda vagamente aquello de «Fr. Gerundio deja los libros y se mete á predicador», yo sé muy bien que tú no eres Fr. Gerundio, y que además los tiempos han cambiado; pues si antes para escribir de cualquier materia un discursito así como un cuadernillo de papel, era preciso haberse quemado las cejas leyendo y meditando, hoy, gracias á Dios, no son necesarios semejantes preparativos, y basta con una buena voluntad, tintero, pluma y cuartillas; en la inteligencia de que, si al principio te saliere mal, después te saldrá mejor, ó peor, y en último caso, aunque siempre seas un chapucero deplorable, no por ello te negarán el saludo, ni te llevarán á la cárcel preso, ni te impondrán contribución, que me parece peor todavía.

Mas antes de ir á la corte piensas vender tu casa y terruños á los señores cura y boticario, que son casualmente, según me dices, los que, á fuer de buenos amigos, aplauden tu determinación y en ella te sostienen, profetizándote los mayores triunfos. Imagino que, en muestra de gratitud, así por sus leales consejos, como por el alto concepto que tienen de tu valer, deberás venderles tu herencia muy barata; pues por mucho que lo sea, nunca les parecerá demasiado.

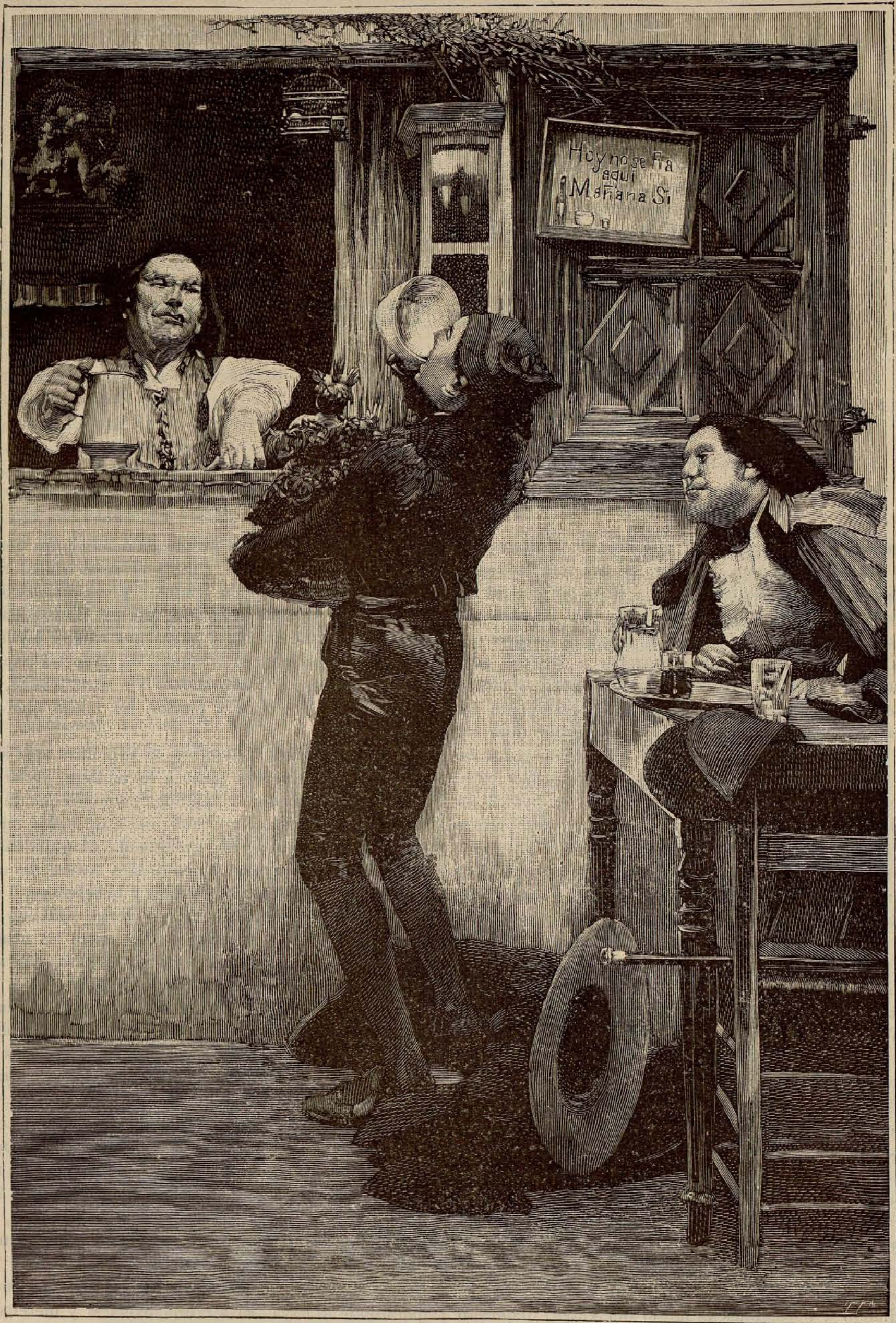
Y ya con algún dinerillo y sin el engorro de la propiedad, siempre muy molesta (sobre todo para los que ninguna tienen), hállaste como ligero buque, levada el ancla y despidiendo á borbotones el humo del vapor, dispuesto á enderezar tu rumbo adonde tu voluntad lo quiera.

Mas ya que elegiste la corte por campo de tus futuras hazañas y tratas de avecindarte en Madrid, patria común y casa de pupilos para todos los españoles, dígame que pien-

sas y discurre como el propio Salomón; pues siendo en tu pueblo el más excelente y hasta el único rimador que sabe concertar *caballero con sendero*, y *crystalino con pepino*, posible es, y hasta probable, que en Madrid suceda otro tanto: y aunque ahí no te pagan tus versos, porque apenas hay quien sepa leer, en la capital de todas las Españas ocurrirá lo contrario, si el demonio ó la mala suerte, que todo lo trastornan y echan á perder, no hacen que ocurra lo mismo.

Y ya que á Madrid nombro, te expondré una idea luminosa que de golpe me viene á la mollera, esclareciéndola y alumbrándola como resplandeciente quinqué de petróleo. Hay allí muchos cafés, cada uno con varios mozos, que ahora llaman *camareros*, aunque de ninguna cámara cuidan, cuyos ingeniosos dependientes corren de un lado á otro con bandejas de comestibles y bebestibles, ó con enormes alcuizas repletas de café y leche. Cuando la gente agrupada obstruye el espacio libre entre las mesas y les cierra el camino, dicen con alta voz: «Paso, que mancho.» Y entonces todos se apartan á un lado y otro y le abren expedita senda, y ellos van y vienen desembarazadamente como y por donde les acomoda. Imitando, con aplicación á lo moral, este procedimiento físico, tú puedes también abrirte ancho camino en la sociedad con la misma frase prodigiosa: «Paso, que mancho.»

Para ello, antes que todo, y primero que toda cosa, procura entrar en la redacción de algún periódico, aunque sea únicamente *pro fama et honore* y sin estipendio ni sueldo alguno. Porque has de saber, amado joven, que los periódicos son como las iglesias, y en la casa de Dios, «cuando no llueve, por lo menos gotea», según afirma un antiguo refrán castellano. ¿No te dan sueldo? Y ¿qué te importa? El hombre listo no pide que le den dinero, sino que le pongan donde lo haya. El atraerlo hacia sí y metérselo luego en el bolsillo, es cuenta suya y nada más. Pertener á un periódico de cierta circulación es una mina: el periodista, como la mesilla del turronero, se halla en todas partes, y por derecho propio en todas ellas figura, campa y se luce:



¡HASTA VERTE, CRISTO MIO!—CUADRO DE D. JOSÉ GARCÍA Y RAMOS.

tiene en los teatros entrada gratis, y aun puede regalar ó vender alguna, si le sobra; como el aire sutil, penetra donde quiere; asalta la habitación de cualquier alto personaje y lo somete á prolijo interrogatorio, bajo el pretexto de información periodística; asiste á toda inauguración, donde almuerza, come ó cena de balde, y además se guarda en los bolsillos la mar de comestibles y buenos habanos para fumar lo menos ocho días; como cronista de salones, entra en los bailes y tertulias de gente rica, describe el *comfort* de la casa, la *toilette* de las señoras; pondera el *bouquet* de los exquisitos vinos servidos en el *buffet* sustancioso y elegante; adquiere conocimientos y relaciones con gente empingorotada, que puede servirle y aprovecharle en su día; y como á tales empleos y gajes suele unirse el cargo de crítico..... ¿para qué se quiere más? ¿Acaso no hay ya lo bastante para decir: apaga y vámonos? Porque un crítico periodista, aunque sea pobre gacetillero sin sueldo y rapado á navaja de toda suerte de estudios y conocimientos, adquiere súbita y repentinamente ciencia universal infusa, y lo mismo juzga un drama que un tratado de filosofía ó matemáticas, una estatua ó un cuadro presentado en la Exposición de Bellas Artes. Con distribuir á derecha é izquierda elogios y palos de ciego, sin qué ni por qué, es decir, sin motivo alguno ni fundarse en razones, ya tiene desempeñado el cargo, la tarea cumplida, y asegurada la reputación y nombre de crítico, gracias á la osadía propia y á la general barbarie de los demás; factor con que siempre cuentan los charlatanes dedicados á explotar la común ignorancia.

Esto, más que todo, te conviene, hijo mío, ser crítico y tener á tu disposición el látigo y el incensario. No importa que con éste abolles y aplastes las narices del ídolo, y que descargues el otro sobre personas más merecedoras de ilustres premios que de afrentosos castigos. El caso está en que, *urbí et orbi*, sea manifiesto á todos que dispones igualmente del rayo de Júpiter y del cuerno de la Abundancia, pudiendo á tu grado y capricho distribuir censuras y elogios, vengan ó no vengan á pelo, sean injustos ó motivados.

Y como de la unión resulta la fuerza, bueno y conveniente será para tu negocio y llevar adelante el tejemaneje, que te confabules y asocies con otros gacetilleros de tu propia ralea, quiero decir, de tu misma gloriosa estirpe; y ya unidos como la uña á la carne y ligados por los fuertes vínculos del común interés, á ver dónde hay un valiente que pueda con vosotros.

Para seguir la moda, bogando á favor de la corriente, empréndela contra Moratín, Lista, Hermosilla y los retóricos; menosprecia y ridiculiza los preceptos que ignoras; habla siempre, venga ó no venga al caso, de los fueros del genio, de la omnipotencia del genio, de la adivinación del genio, como quien trata de cosa que le es muy conocida; en suma, como si alumbriase tu meollo á veces, ó como si siempre lo llevaras metido en el bolsillo. Asegura que eso de necesitar largos y graves estudios, y además numerosas vigiliat, para escribir algo de provecho, es una antigualla propia de los tiempos del obscurantismo, pues hoy basta y sobra con la libre inspiración, y la maravillosa intuición, y la natural penetración, y cartucho en el cañón, etc., etc.

Aunque así como existen princesas, duquesas, hijodalgas y fregonas, en nuestro Diccionario hay vocablos escogidos,

vocablos comunes y otros bajos y vulgares, defenderás y sostendrás que es una filfa eso del lenguaje poético; pues el poeta debe expresarse como el tendero de comestibles cuando pide una remesa de aceite, queso, patatas ó garbanzos, y añadirás algunos improprios contra Herrera, Quintana, Nicasio Gallego, Tassara y otros peleles semejantes, si es que no te lanzas á dictador y maestro en el arte literario, y compones ó descompones una retórica para tu propio uso. Item: en vez de estudiarla y aquilatarla en su justo valer, búrlate de toda obra meditada y bien hecha; di que huele al aceite consumido en largas vigiliat, no al talento y labor desarrollados en ellas; y si quieres teorizar un poquito, por ahí andan en revistas y enciclopedias dos ó tres centenares de nombres (que el diablo que los pronuncie), todos ellos de autores extranjeros, y te servirán para citarlos en apoyo de tus afirmaciones. Si no los has leído, como es posible, y también probable, y aun casi seguro, no te detengas por tan pequeño inconveniente, sino piensa que los demás no los habrán leído tampoco, y si los leyeron, que no los han entendido; y aun suponiendo lo contrario, siempre te queda el recurso de replicar modestamente que tú entiendes los textos, y penetras y ahondas en su interior sentido y ocultas doctrinas mejor que nadie; y si trajiste antes á colación autores franceses, ingleses ó alemanes, cítalos ahora noruegos, árabes ó chinos, y saldrás triunfante de tu empeño.

Sobre todo muéstrate descontentadizo y pega fuerte, indicando así que posees un exquisito paladar literario, como el pobrete vanidoso que por casualidad se sienta á una mesa redonda bien servida y pone faltas á las viandas, á los vinos, vajilla y aun á los manteles, para dar á entender que en su casa se da un trato de príncipe, y le sirven los manjares criados de frac y corbata blanca en fuentes de oro, ó cuando menos de plata sobredorada. Estas advertencias, amable joven, son hijas del conocimiento de mundo adquirido en mi mucha edad; que ciertamente sabe menos el diablo por ser diablo que por ser tan viejo. Así, te encargo y repito: pega, y pega fuerte.

Pero dentro de esta regla general hay excepciones, y conviene distinguir, como dicen los teólogos. Si el autor es ministro, ó lo fué antes, ó se halla en tanda para serlo; si es persona influyente y rica y puede valerte para el día de mañana, en este afortunado país donde la recomendación triunfa siempre del mérito y se rie de él, entonces empuñarás el incensario y lo esgrimirás ante las propias narices del ídolo, reservando las disciplinas y los duros calificativos para escritores doctos y modestos, sobre todo si son de carácter blando y apacibles costumbres, y no temas que á bastonazos te sacudan el polvo del gabán llevándolo tú puesto. En cuyo caso, el respetarlos y no provocar su cólera es conducta asaz higiénica, y como prudente varón te aconsejo seguirla, aunque tengas valor, pues bien sabido es que los valientes y el buen vino duran muy poco. Mas si eres cobarde y de lo contrario buscas crédito, finge desafío con alguno de tus paniaguados y compinches, así como la tropa hace simulacros de tremendas batallas campales, ó desafiate de verdad, sin peligro por supuesto, y asiste á uno de esos lances de trompa y talega llamados á *primera sangre*, con sablecitos sin filo ni punta, que ni cortan ni pinchan, como la famosa espada de Bernardo. Luego envías gacetillas á los

periódicos refiriendo y ponderando el pavoroso trance; y si á esto añades el llevar dos días el brazo en cabestrillo aunque esté sano, cádate con más reputación de esforzado y valeroso en Madrid que Francisco Pizarro en las Indias.

Si te dijeren que el verdadero crítico ha de reunir en su propia persona cuatro indispensables condiciones, que son: buen gusto, imparcialidad, ciencia y libertad, y que faltando cualesquiera de ellas la crítica resulta deficiente y coja, como la silla ó mesa falta de uno de sus pies, contestarás con desparpajo que esas son doctrinas del siglo de Mari-Castaña, persuadido en tu interior de que ahora, para ser crítico al uso, como en tiempo de Rengifo para ser poeta renombrado, sólo se requiere tener una poquita de osadía y otro poquito de poca vergüenza.

De este modo y por tan plausible camino llegarás á tener nombre y sueldo; pelecharás, subirás á mayores, y ¡quién sabe si ocuparás dorada poltrona y los porteros te darán excelencia! Porque, hijo mío, hombre eres, y de los hombres salen los mendigos y millonarios, los escribientes y los ministros; así como de madera se hacen bancos de ta-

berna y también piadosas imágenes, ante las que se postra de rodillas la gente.

Y termino esta misiva deseando que Dios Nuestro Señor te ilumine y proteja y tenga de su mano, para que de personilla subas á persona y de persona á personaje, como aquel de quien dice Don Pedro Calderón en una de sus célebres comedias:

«Yo conocí á un tal por cual
Que á cierto Conde servía
Y Sotillo se decía:
Creció un poco su caudal;
Salió de mísero y roto;
Hizo una ausencia de un mes;
Volví á encontrarle después,
Y ya se llamaba Soto.
Vino á fortuna mejor
(Era su nombre de gonces);
Hízose rico, y entonces
Se llamó Sotomayor».

Por la copia,
NARCISO CAMPILLO.



ESTUDIO.—POR HANS DAHL.